HARLEQUIN

JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO

Novelas con corazón

340 Ptas.

El recuerdo de tus brazos

Patricia Knoll





Patricia Knoll

El recuerdo de tus brazos

Jazmín - 1228

ePub r1.0

LDS 19.03.16

Título original: *Desperately seeking Annie*
Patricia Knoll, 1997

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Annie no recordaba nada de lo que hubiera podido hacer o decir durante las seis semanas que siguieron a la muerte de sus padres. La experiencia había sido tan traumática, que al parecer, su mente había optado por olvidar aquellos días y su tristeza. Así que cuando un hombre llamado Flynn Parker apareció afirmando que era su marido, ella ni siquiera estaba en condiciones de rebatírselo. Una cosa sí estaba clara y era que aunque él estuviera diciendo la verdad, no podían seguir donde Flynn decía que lo habían dejado. Aunque, siendo sincera, eso era exactamente lo que le apetecía.

Capítulo 1

—No frunzas así el ceño, Flynn. No creo que te des cuenta, pero asustas a la gente.

Flynn Parker dejó de dar paseos y miró con el ceño fruncido a su hermana pequeña, Brenna.

—¿Qué?

Ella se echó a reír.

—¿Ves? Ya lo vuelves a hacer. Parece como si fueras a morder a alguien.

—¿Por qué no se pueden dar prisa? —preguntó él mirando hacia la terminal del pequeño aeropuerto de Santa Bárbara County donde el mecánico y el piloto estaba tratando de arreglar el avión que lo llevaría a la isla Anapamua.

Brenna se puso en pie, se le acercó y lo tomó del brazo, algo que le resultó sencillo ya que era casi tan alta como él.

—No se pueden dar prisa porque cada vez que progresan en algo tú apareces y los interrumpes. O te pones a mirarlos. Y eso los pone tan nerviosos que se les caen la herramientas de las manos. Ese piloto probablemente haya volado en combate y le habrá resultado más fácil que cuando tú apareces para preguntarles por qué se están retrasando.

—No seas ridícula. Yo no pongo nerviosa a la gente.

—¿Estás de broma? Mamá y yo hemos recibido peticiones de todos los hoteles de la cadena Parker suplicándonos que te mandáramos de vacaciones, pero tan lejos de ellos como sea posible.

—Muy gracioso —dijo Flynn, mirando a su hermana y sonriendo

levemente—. Tú eres la única persona que tendrías el valor suficiente para poner por escrito una petición como ésa.

—Y gracias a Dios, no trabajo para ti. Vas a tratar de relajarte, ¿verdad? ¿No te irás a pasar mucho tiempo preocupándote o lo que es peor, trabajando? —dijo ella, mirando irritada el maletín que él había dejado en el suelo—. Esa cosa no debería contener nada más que un cepillo de dientes.

—Tengo que trabajar un poco, pero ya te he prometido que no me pasaré, ¿no?

—Y tú siempre cumples tus promesas. Cuento con ello. También me hiciste otra promesa, ¿recuerdas?

Flynn levantó la barbilla y apartó la mirada. Miró por la ventana y se dio cuenta de que su hermana tenía razón. Su ceño fruncido era algo formidable y sólo servía para añadirle oscuridad a su rostro, algo ya acentuado por su cabello negro y profundos ojos verdes. Asintió.

—Lo recuerdo.

—Han pasado dos años y si no has sabido nada en todo este tiempo… Si ella no ha hecho ningún intento por ponerse en contacto contigo…

—Ya lo sé.

Brenna lo abrazó entonces cariñosamente.

—Ya es hora de que sigas con tu vida.

Flynn se suavizó. Después de todo, era culpa suya el que hubiera permitido que una mujer lo hiciera hacer el tonto, así que le devolvió el abrazo a su hermana.

—No dejas de recordármelo.

Brenna suspiró y agitó la cabeza.

—Pero tú tomas tus propias decisiones. Siempre lo has hecho. Y siempre lo harás.

—Yo soy el que tiene que vivir con ellas.

—Y mamá y yo tenemos que vivir contigo, lo que no es muy agradable últimamente. Espero que estas vacaciones ayuden algo.

—Así será. Tomaré una decisión mientras estoy fuera.

—Muy bien.

Entonces apareció el piloto para decirles que la avería había sido arreglada y que estaban listos para despegar.

Flynn se despidió de Brenna con un beso y se dirigió a la

avioneta. Mientras se ponía el cinturón de seguridad, deseó poder haber ido en el reactor privado de la compañía, pero estaba pasando una revisión y él era demasiado impaciente como para esperar. Su único consuelo era que sería el único pasajero en un avión tan pequeño. No estaba de humor para charlas.

Pronto estuvieron en el aire y al cabo de media hora, empezaron a perder altura para acercarse a Anapamua, la última de las Islas del Canal de California. Pequeña y rocosa, con sólo unas manchas de bosques de pino y chaparrales, parecía una joya aislada en medio del océano pacífico. Santa Bárbara, a unos cuarenta kilómetros al este, parecía formar parte de otra galaxia.

Flynn vio entonces el edificio de ladrillo conocido como Anapamua Island Inn. El hotel tenía un campo de golf de nueve hoyos, senderos para correr, pistas de tenis, una cala protegida para nadar y un muelle donde un pequeño barco de crucero se mecía en las olas. Muchos huéspedes iban en barco y con buen tiempo, los barcos de pesca de Santa Bárbara pasaban por allí para llevarlos a pasar un día pescando en alta mar. La ubicación era perfecta y todo parecía estar muy bien cuidado. Por lo que él sabía, el lugar era llevado eficientemente por un pequeño grupo de personas dirigidos por uno de los dueños. Ahora vería por sí mismo lo bien que iba. Su interés era personal al mismo tiempo que profesional. Deseó no haberse visto retrasado.

Suspiró y se recordó a sí mismo que la velocidad no era importante ese día. Ni durante las siguientes dos semanas. Estaba de vacaciones, la primera vez que lo hacía en dos años y se suponía que tenía que relajarse. Que pescara, jugara al tenis, se pasara largas horas al sol, ésas eran las órdenes que había recibido de su madre y su hermana, que estaban preocupadas porque hubiera estado trabajando tanto.

Y por supuesto, tenían razón. Siempre trabajaba demasiado, incluso más desde la muerte de su padre cuando él se había hecho cargo de la compañía. No conocía otra forma de vivir. Si el trabajo duro pudiera espantar los demonios, los suyos ya haría tiempo que habrían desaparecido, pero no lo habían hecho.

Tenía que aprender a relajarse y era por eso por lo que iba a esa

isla. Por lo menos, esa era una de las razones.

Cuando el avión pasó por encima de la isla a baja altura, preparándose para aterrizar, una mujer se incorporó y se apartó el cabello rubio de los ojos. Miró hacia arriba y pareció sorprendida. Después de un momento, levantó una mano y la agitó dándole la bienvenida a la avioneta. Flynn se agarró al asiento y le prestó toda su atención, la cabeza le dio vueltas cuando el avión pasó justo sobre ella y desapareció bajo el ala.

Maldita sea, pensó al tiempo que cerraba los ojos. ¿Iba a dejar alguna vez de buscar lo que sabía muy bien que nunca más volvería a ver? Llevaba demasiado tiempo mirando a cada mujer con ese color de cabello. Y ninguna de ellas había sido la que buscaba. Todavía le pasaba y tenía que parar.

Sabía muy bien que él tenía una personalidad posesiva, bordeando la obsesión. Era una de las cosas que le hacían tener éxito en los negocios. Nunca dejaba nada antes de terminarlo a su entera satisfacción. Tal vez Brenna tuviera razón. Tal vez ya fuera hora de que se librara del pasado. Era posible que esa única cosa pudiera no ser resuelta como él quisiera. Tendría que pensarlo bien durante esas vacaciones y llegar a una decisión final. Ya era hora.

Annie Locke terminó a toda prisa de llenar la cesta de margaritas y se dedicó a su pasatiempo favorito, ver las flores del campo. Así el corazón se le tranquilizó y dejó de temblar. Luego, tragó saliva y logró controlar la oleada de terror que la había invadido. Cada vez le estaba resultando más fácil, pensó satisfecha. La visión del avión, tan parecido a ése en el que sus padres murieron ya no la llenaba tanto de pánico. Ciertamente, no estaba todavía lista para volar ella misma, pero por lo menos, ahora podía ver un avión sin estremecerse de horror.

Se acarició el largo cabello rubio, que le llegaba hasta la cintura y se lo apartó de la cara. Luego pasó por la puerta del jardín y la cerró. Suspiró aliviada y se dirigió al hotel. Era una mujer pequeña y el viento casi se la llevaba mientras caminaba.

Ver el avión siempre le preocupaba y procuraba estar dentro de la casa cuando sabía que iba a llegar. No es que evitara verlo, se había dicho a sí misma. Sólo estaba acostumbrándose a tener un

contacto diario. Hasta sólo hacía unos pocos meses incluso verlo había sido más de lo que había podido soportar.

Annie agradecía los vuelos que el servicio de chárter de Gary Mendoza hacía hasta la isla. Le traía la mayoría de los huéspedes y ese día traía a uno muy especial, aquél al que ella le estaba decorando la habitación personalmente con sus flores favoritas. Uno de los empleados, Martin, lo estaba esperando en la pista de aterrizaje con el Jeep del hotel para recogerlo. Si se daba prisa, podría llegar a tiempo de darle la bienvenida, pero sería mejor que no pareciera demasiado ansiosa, aunque lo estuviera.

Todavía quedaban semanas para el inicio de la verdadera temporada de vacaciones y estaban terminando un invierno y primavera particularmente húmedos y ventosos. El hotel necesitaba de todos los huéspedes que pudiera conseguir para no tener números rojos ese año.

El edificio, estilo Tudor, construido en los años veinte por una estrella del cine mudo que poseía más dinero que sentido común, parecía completamente fuera de lugar en esa isla barrida por el viento, pero todo estaba en perfecto estado de conservación y con todos los lujos de los *Felices Veinte*.

Cuando la *Gran Depresión* del veintinueve, la estrella en cuestión se había arruinado y le vendió el lugar al abuelo de Annie por sólo una pequeña parte de lo que valía.

Annie siempre había agradecido que su abuelo hubiera conservado la isla y la hubiera transformado en un hotel. Tenía pasión por ese lugar. Si alguna vez se casaba, sería con un hombre que quisiera vivir y trabajar allí. No pretendía volverse a marchar, pensó sonriendo. Por supuesto, esos planes habían limitado tremendamente el número de candidatos que tenía.

Cuando se acercó a la entrada de servicio, Annie vio una pequeña figura jugando con un balón de fútbol.

—Hola, Luis. ¿Qué pasa?

—No tengo nadie con quien jugar —murmuró el niño—. Aquí sólo hay viejos.

Annie se rió. Evidentemente, la gente que iba al hotel debían de parecer todos unos viejos para un niño de ocho años. Normalmente, solía haber niños con los que podía jugar después de recibir sus lecciones. Su madre, Beatrice, era el ama de llaves y de vez en

cuando, recepcionista. Su padre, Carlos, era el encargado de mantenimiento del hotel. El niño recibía clases a distancia y lo iban a mandar con una familia de la ciudad cuando empezara el instituto. Annie había hecho lo mismo, pero había odiado todo el tiempo que estuvo fuera de la isla. Luis era un niño orgulloso y aventurero y ella sabía que le encantaría vivir en la ciudad e ir al instituto.

Dejó a un lado las flores y se acuclilló al lado de Luis. Arreglar esa habitación bien podía esperar unos minutos.

—Me he dado cuenta de que juegas muy bien.

Luis la miró encantado, pero luego suspiró.

—Sería mejor si tuviera a alguien con quien jugar.

—¿Puede servirte una chica?

—Las chicas no pueden jugar al fútbol.

Ella hizo girar los ojos en sus órbitas y le tiró de una oreja.

—Oh, no, una cría de machista. Hay equipos de fútbol femenino por todo el mundo.

Luis se apartó.

—¿Una cría de qué?

—Déjalo —dijo ella poniéndose en pie—. Esta chica sabe jugar al fútbol. Ven.

Luis la miró, dudoso, pero la siguió y luego se pasaron diez minutos jugando.

Annie sabía muy bien que seguramente, ese comportamiento no era propio de la dueña de un hotel, pero en su opinión, la felicidad de un niño era más importante que la dignidad.

La portería estaba situada entre dos juníperos. Annie trató de parar un balón, pero el niño le marcó gol y luego gritó triunfante. Annie lo abrazó para darle la enhorabuena y el niño sonrió y le dijo:

—Eres muy buena… para ser una chica.

Annie lo soltó y se echó a reír.

—Y tú también… para ser un chico.

El niño tomó entonces el balón.

—Vamos. Quiero contarle a mi padre que te he ganado.

Se dirigieron de nuevo a la entrada de servicio, pero cuando pasaron bajo las ventanas le pareció ver movimiento dentro. Miró bien, pero no vio nada.

Estaba segura de que el movimiento había sido tras la ventana

del señor Parker. Suspiró y decidió que era mejor que se comportara un poco más seriamente.

Mientras Luis salió corriendo para buscar a su padre, Annie se dirigió a la cocina.

Flynn volvió a correr la cortina y abrió la ventana. Se asomó al patio justo a tiempo de ver una melena rubia dorada desaparecer por la esquina. Era la misma mujer. Había oído su risa y eso era lo que le había hecho mirar por la ventana.

Le resultaba rara esa reacción que había tenido. Había sentido como una sacudida eléctrica en todo el cuerpo. No le gustaba nada. No sabía cómo podía reaccionar así sólo con una risa femenina, salvo porque nunca antes hubiera oído una igual. Era tan cálida e invitadora que deseó poder agarrarla, si es que se puede agarrar un sonido.

Algo en ella lo hizo pensar en el futuro, en los días oscuros y vacíos que tenía por delante. Ya era hora de que se enfrentara a la soledad, a no ser que tomara la decisión de dejar atrás por fin los últimos dos años de su vida y seguir con ella.

Dejó en su sitio la cortina y volvió a la habitación. Miró a su alrededor y le gustó el ambiente casero de la misma. Dejó el maletín sobre la mesa y sacó un ordenador portátil. A pesar de lo que le había prometido a Brenna, tenía que hacer un trabajo. Empezó a teclear y al cabo de un momento ya estaba absorto en su trabajo.

En la entrada de la cocina, Annie se limpió los pies y luego entró. Inmediatamente, la cocinera, Mary Fredericks, se volvió desde la mesa donde estaba amasando tartas y la miró fijamente.

—¿Qué has estado haciendo?

Annie sonrió.

—He estado jugando al fútbol con Luis —dijo levantando las manos para parar la tormenta que se imaginaba le venía encima—. No te preocupes, me he limpiado los pies.

—Muy bien. Creo que ya ha llegado el señor Parker.

Luego, Mary siguió con lo que estaba haciendo.

La madre de Annie siempre había dicho que el hotel no podría

haber salido adelante sin Mary. Había llegado hacía más de veinticinco años con una maleta y su hijo. Su marido acababa de morir en Vietnam y estaba buscando una forma de mantenerse a ella y al niño. Ahora apenas parecía mayor que entonces, aunque ya se le veían algunas hebras grises en su cabello rubio claro.

Verla trabajar siempre había sido uno de sus pasatiempos favoritos, aunque el que Mary estuviera allí era la razón principal por la que nunca aprendió a cocinar. La ayudaba de vez en cuando en cosas sencillas, pero nunca había cocinado por ella misma. ¿Para qué molestarse cuando vivía en un hotel con una de las mejores cocineras del mundo?

—¿Lo has visto? —le preguntó Annie, mientras llevaba las flores con un par de floreros al grifo. Luego empezó a arreglarlas con cuidado.

—No, tengo mucho que hacer para andar cotilleando por recepción. Martin lo ha recibido.

—Creía que iba a ser Beatrice la que estuviera en recepción.

—Y lo estaba, pero la señora Grindle no estaba satisfecha con la forma en que le funcionaba la chimenea, así que Beatrice fue a echarle un vistazo. Tardará un rato, porque la señora Shaw y la señora Bennett querrán las suyas exactamente igual que las de su hermana.

—El que inventó el dicho de que el cliente siempre tiene la razón no conoció nunca a esas tres.

Las mujeres eran trillizas y exactamente iguales y llevaban visitando el hotel todas las primaveras desde que ella podía recordar. A Annie le encantaba que los huéspedes repitieran y esas tres habían recomendado el hotel a mucha gente, pero llevaban toda la vida jugando a ver cuál de las tres volvía más locos a los miembros del personal.

—Gracias a Dios que sólo se quedarán una semana y que dejan grandes propinas a todos —añadió Mary.

Annie se rió y volvió a lo que tenía en mente.

—Espero que Martin haya recordado lavarse las manos antes.

Martin acababa de salir del instituto, era un excelente jardinero y estaba ansioso por aprender todo lo que pudiera de Carlos, pero definitivamente, no tenía unas costumbres muy higiénicas.

—¿Sigue enfermo James?

James era el hijo de Mary, recientemente había dejado los marines y trabajaba en el hotel hasta que empezara las clases en la universidad en el otoño. Era el mejor amigo de Annie y lo había echado mucho de menos mientras había estado en la marina.

—Tanto, como un niño que se hubiera fumado su primer cigarrillo. No sé de dónde ha salido ese virus de la gripe, pero es muy malo.

—Probablemente lo haya traído uno de los clientes —dijo Annie, terminando de colocar las flores—. Ya está. ¿Qué te parece?

Mary miró su obra críticamente.

—Quítale un poco de verde. Así las flores están un poco escondidas. Supongo que se lo vas a llevar personalmente.

—Claro.

—Parker puede pensar que te estás esforzando demasiado.

—Y lo estoy haciendo. ¿Por qué crees que está aquí realmente?

—De vacaciones —respondió Mary mientras metía las tartas en el horno.

—¿Por qué un hombre que posee algunos de los mejores hoteles del mundo querría venir a un sitio tan apartado como este en ésta isla?

—Probablemente, porque está apartado. Si fuera a uno de sus propios hoteles, el personal no pararía de hacerlo sentirse cómodo y seguramente terminarían volviéndolo loco. He oído que no es precisamente un hombre paciente y que no soporta que le hagan la pelota.

—Yo he oído lo mismo. Supongo que tienes razón. Probablemente quiera estar una temporada solo. Llevar una gran cadena de hoteles no debe ser fácil, sobre todo, teniendo en cuenta que se hizo cargo de ella cuando apenas tenía treinta años.

Mary levantó las cejas y se puso las manos en las caderas.

—No sabía que supieras tanto de él.

Annie la miró fijamente. Mary la conocía demasiado bien y veía demasiado. La misma Annie no sabía por qué ese hombre la interesaba tanto. Por lo que podía recordar nunca había visto una foto suya. Las entrevistas que se le habían hecho siempre eran acerca de sus hoteles, lo mismo que las fotos que las acompañaban.

Se encogió entonces de hombros.

—Lo he leído. —Luego, deseando evitar más preguntas, se

dirigió a la puerta con las flores—. Vuelvo enseguida para ayudarte con la cena.

La verdad era que le había fascinado leer todo lo que encontrara de Flynn Parker. Su padre, el fundador de la cadena, había muerto casi al mismo tiempo que los de ella y por eso se sentía parecida a él. Inmediatamente después de hacerse cargo de los hoteles, él se había visto forzado a luchar en una ofensiva que le habían organizado las compañías rivales. Desde entonces, había trabajado sin descanso para asegurarse el éxito de la cadena. Era el niño prodigio de la industria hotelera y no paraba de tener ideas innovadoras, que habían resultado tener un éxito inesperado para los demás.

Cuando Annie llegó a la puerta de su mejor suite, dejó las flores en una mesa del pasillo y se miró a uno de los espejos para arreglarse un poco.

Satisfecha de su imagen, llamó a la puerta y esperó.

—Adelante —dijo una voz masculina—. Estoy hablando por teléfono.

A Annie le sorprendió esa voz. Le resultaba conocida. Agito la cabeza y utilizó su llave maestra para entrar. El salón estaba vacío, pero la puerta del dormitorio sólo estaba entornada y pudo oírlo allí, hablando. Cerró la puerta de la suite y miró a su alrededor, sorprendiéndose por los cambios que debían haberse producido en la última media hora. Flynn Parker ciertamente se hacía sitio.

Un pequeño escritorio que había cerca de la ventana había sido limpiado de todo el material de escritura que proporcionaba el hotel. En su lugar había un ordenador portátil en funcionamiento. Las bonitas cortinas habían sido apartadas para dejar entrar toda la luz posible y las ventanas estaban abiertas, permitiendo entrar a la brisa marina. Debía haber sido a él al que vio en esa misma ventana. Se ruborizó al recordarlo. Se percató también de que la mesa de café había sido movida hasta el sofá para ampliar el espacio. Unas llaves y una navaja estaban en uno de los ceniceros.

Entonces la volvió a inundar una curiosa sensación de familiaridad. Se estremeció. La sensación no era nueva. La había sentido muchas veces, sobre todo últimamente. Se dijo a sí misma

que eso no significaba nada.

Cuando oyó que colgaba el teléfono, se aclaró la garganta y dijo:

—Señor Parker, bienvenido al Anapamua Island Inn. Le he traído algunas flores —dijo al tiempo que dejaba el florero encima de la mesita de café—. Me alegra ver que se ha puesto cómodo. Por favor, hágame saber si necesita algo, me alegrará ocuparme de ello personalmente.

—¿Qué…?

Annie se sobresaltó cuando la puerta del dormitorio se abrió de golpe. Entonces, irrumpió un hombre con un cabello negro como la noche y unos intensos ojos verdes. Retrocedió precipitadamente cuando él avanzó hasta situarse a sólo unos pasos de ella.

Annie se llevó una mano a la garganta.

—Señor Parker, me ha dado un buen susto —dijo tratando de recuperar la respiración.

¿Por qué la estaba mirando de esa forma, como si hubiera visto a un fantasma?

Él no dijo nada durante unos segundos, pero la recorrió con su mirada. Pareció como si le costara encontrar las palabras, pero finalmente lo hizo en voz baja y casi feroz.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—He llamado y usted me ha dicho que podía entrar…

Pero se interrumpió cuando él siguió mirándola fijamente. No podía comprender qué le pasaba a ese hombre. Entonces, le señaló las flores.

—Yo… Le he traído unas flores. Pensé que le gustaría…

—¿Dónde has estado?

Ella lo miró, anonadada.

—¿Que dónde he estado?

—Eso es. Contéstame de una vez.

Nada de lo que ella había leído u oído indicaba que Flynn Parker estuviera loco. Tal vez estaba molesto porque no hubiera ido personalmente a recibirlo.

—Estaba fuera —dijo ella lenta y cuidadosamente—. Estuve recogiendo algunas flores para su habitación. Siento no haberlo ido a recibir cuando llegó, pero estaba segura de que el personal podía ocuparse perfectamente de su recepción…

—No me importa nada mi recepción —la cortó él—. Quiero

saber dónde diablos te has metido durante estos dos años.

Ella miró extrañada.

—¿Por qué quiere saberlo?

—¡Deja de decir tonterías y respóndeme!

La irritación empezó entonces a imponerse a la sorpresa. Hizo un gesto con los brazos abarcándolo todo.

—He estado aquí, en la isla, donde he vivido toda mi vida.

—¡De eso nada! Hace dos años y tres meses tú estabas en Seattle.

El corazón empezó a latirle fuertemente a Annie y se estremeció.

—¿Cómo sabe eso? ¿Nos conocimos allí?

La boca de él se transformó en una línea fina y dura.

—¿Estás tratando de decirme que no recuerdas cómo nos conocimos?

Ella agitó la cabeza.

—No lo recuerdo a usted en absoluto.

Flynn avanzó un paso y puso los brazos en jarras.

—Bueno ya es mala suerte que no lo hagas, porque resulta que soy tu marido.

Capítulo 2

La primera reacción de Annie fue echarse a reír, pero la feroz expresión de él se lo impidió.

—¿Mi marido?

—Sí, tu marido.

Ella agitó la cabeza tan vigorosamente que el cabello le flotó a su alrededor como una nube y retrocedió un paso.

—No. Yo nunca he estado casada.

—¿Qué clase de juego es éste?

—Tiene que confundirme con otra.

—Cabello rubio rojizo, ojos azul oscuro, una pequeña cicatriz detrás de tu hombro izquierdo…

Annie tragó saliva y se llevó la mano a donde, efectivamente, tenía esa cicatriz, pero que estaba cubierta por la manga de la blusa.

—¿Cómo… cómo lo ha sabido?

Él ignoró la pregunta y continuó mirándola hasta que ella bajó la mirada.

—No, Anne Christina Locke, no te he confundido con otra. Sé perfectamente quién eres y tú sabes quién soy yo. Si no me quisiste después de sólo seis semanas, ¿por qué no lo dijiste? Yo te habría dado el divorcio, aunque seguramente no una pensión —añadió él cruelmente—. No estuviste el tiempo suficiente conmigo como para saber si te la merecías.

Annie levantó las manos.

—No sé de qué me está hablando. Esto… esto es una broma, ¿no? Alguien lo ha organizado. Tal vez James, siempre ha sido

tan…

—¡Para ya! No intentes hacer como si no me recordaras.

—Y no lo recuerdo.

—¿No recuerdas haberte casado conmigo el día tres de Febrero de hace dos años?

—No.

—¿No recuerdas que te viniste a vivir a mi apartamento en el piso alto del Hotel Parker de Seattle y el tiempo que allí vivimos juntos?

—Claro que no. ¿Cómo podría? ¡Eso no sucedió nunca! Yo… No podría haberlo olvidado.

Entonces, le pareció como si le faltara el aire. Tal vez fuera una oleada de pánico. La visión le tembló. Trató de meterse oxígeno en los pulmones y se apartó de él, dirigiéndose ciegamente hacia la puerta.

—Tengo que salir de aquí.

Pero no había dado dos pasos antes de que él la agarrara del brazo.

—No vas a huir otra vez. Annie trató de soltarse.

—Necesito aire.

—Ven a la ventana.

Flynn casi la arrastró hasta allí entonces. Mareada, Annie se apoyó contra el marco, cerró los ojos y trató de respirar profundamente. Aquello era horrible y deseó salir corriendo, bajar las escaleras y hacer que Carlos y Martin echaran de allí a ese loco, pero seguramente no podrían con él y ella no se pudo mover. La invadieron oleadas de náuseas que la debilitaron demasiado como para correr.

Flynn Parker le estaba bloqueando, además, el escape. Se preguntó si él tendría miedo de que huyera y abandonara la isla. Pero el barco era demasiado lento y ella no podía volar. Aunque él no lo sabía, porque no la conocía. No la conocía en realidad o no estaría contándole esa tontería de que habían estado casados. ¡Casados! A pesar de la laguna de su memoria, ella sabría si había estado casada alguna vez.

Abrió los ojos y lo miró de mala gana. Tenía el rostro ceniciento y los ojos oscurecidos por la ira. Parecía tan extrañado como ella y casi sintió lástima por él hasta que habló con un tono de voz

helado.

—Ya basta de teatro. ¿A qué ha venido esta especie de desmayo fingido? ¿Es que creías que nunca te iba a encontrar?

Annie retrocedió y se apartó de él.

—No es una actuación. ¿Cómo me puede importar que me haya encontrado si no lo conozco de nada, salvo de oídas y no tengo ni idea de lo que me está hablando? Dígame qué le hace pensar que estamos casados.

Flynn apretó los puños.

—No es cuestión de pensar, es cuestión de saber, como tú sabes…

—No. ¿Es qué no lo entiende? Ya le he dicho que yo no…

—Déjalo. Deja de actuar. ¿Qué esperas ganar con ello? No puedes haber olvidado que estuvimos casados.

—Pero lo he hecho —gritó ella—. Si es que es cierto. Si es cierto que lo estuvimos y no estoy diciendo que así fuera, no lo recuerdo.

—Claro que no.

Flynn parecía estar recuperándose del shock mucho más rápidamente que ella. El color estaba volviendo a su rostro, pero su mirada era asesina.

—¿Fue por dinero? —le preguntó—. ¿Otro hombre? Nunca supe que hubiera otro, pero eso no significa que no lo hubiera. Yo no lo habría sabido porque nunca me contaste mucho de ti misma. En las seis semanas que estuvimos casados, ni siquiera quisiste que te fuera a visitar a la oficina donde trabajabas. Por supuesto, ahora veo que era un truco para evitar que te conociera demasiado bien y así no te pudiera encontrar cuando huiste. No soy el primero al que se engaña de esa forma.

—Yo no le engañé. ¿Cómo podría? No lo conozco. —En su interior algo pareció agitarse entonces ante algo que él le había dicho, así que añadió:— ¿Seis semanas?

—Ese es el tiempo que estuvimos casados hasta que te marchaste y estoy seguro de que lo recuerdas.

—No, ya se lo he dicho. ¿Por qué no me cree?

Entonces, los interrumpió un golpe en la puerta. Él se volvió un poco, permitiéndole el paso. Ella fue a abrir y se encontró con Mary que parecía un poco irritada.

—¿Estás ocupada hablando con el señor Parker? —le preguntó

—. ¿No puede esperar? Pensé que ibas a venir a ayudarme. ¿Qué te pasa?

—No… nada —logró decir Annie, mirando rápidamente por encima del hombro—. Ya voy.

Flynn pareció como si la fuera a detener, pero se lo pensó mejor.

—Ya te veré más tarde. Entonces, podremos hablar. Doy por hecho que estarás por aquí.

Annie controló la histeria, se agarró del brazo de Mary y ambas se marcharon. Él no la persiguió y Annie se dio cuenta de que debía pensar, que en una isla de ese tamaño no había ningún sitio a donde ir. Pronto volverían a hablar y él esperaría que le diera algunas respuestas, pero ¿cómo iba a poder responder ella a unas preguntas sobre algo que ignoraba por completo?

—¿Estás bien? —le preguntó Mary—. ¿No tendrás la gripe tú también? Estás muy pálida.

—¿Gripe? No, no estoy enferma. Estoy bien.

Salvo que su mente era un torbellino de preguntas, sus entrañas estaban llenas de miedo y las piernas apenas la podían sostener. ¿Cómo podía haberse casado con Flynn Parker? Ni siquiera lo conocía. ¿O sí? Ése era el problema. No estaba segura. Pudiera ser que él estuviera mintiendo. Pero, ¿por qué lo iba a hacer?

No se dio cuenta de lo fuertemente que se estaba agarrando del brazo de Mary hasta que la otra mujer la miró y le tomó esa misma mano.

—Annie, querida, ¿qué te pasa? ¿Es que el señor Parker te ha dicho algo que te ha molestado?

Annie casi le contó entonces la verdad, pero se contuvo a tiempo. ¿Para qué preocuparla antes de conocer todos los hechos?

—No, es… estoy bien.

—Si te encuentras mal yo puedo arreglármelas sola con la cena.

Annie deseó decirle que sí y esconderse en su habitación el resto de la tarde. Deseó poder pensar un poco en todo aquello y luego pedirle a Flynn Parker que se explicara, si es que él lograba controlar mejor su enfado. No quería ver a nadie en ese momento y sobre todo, a él. Pero por mucho que quisiera hacerlo, no se podía esconder. Tenía deberes y responsabilidades en el hotel y sobre

todo, en la cocina.

—Estoy bien, Mary —repitió—. Supongo que no he debido correr antes con Luis. Tal vez eso ha sido lo que me ha mareado. Voy a echarme un poco de agua en la cara.

Y antes de que Mary le pudiera preguntar más cosas, se dirigió a su habitación y se metió en su cuarto de baño.

Una vez allí, se miró al espejo y se preguntó si aquello podía ser cierto.

Sintió una nueva oleada de náusea y la controló. Entonces, se sintió de nuevo arrastrada al torbellino de desesperación que había conocido hacía dos años. Su vida se había visto completamente alterada y sus intentos por reconstruirla habían requerido de todas sus energías y su decisión. Sólo centrándose en el día a día, en su trabajo en el hotel, había logrado sobrevivir.

Ahora, si lo que decía Flynn Parker era verdad, todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Había algo en el pasado de lo que no se podía escapar.

Cerró los ojos y trató de aclararse la mente, de calmarse antes de volver a la cocina. Por fin, se apartó del lavabo y salió de la habitación.

Una vez en la cocina, se puso un delantal y le dijo a Mary que la estaba mirando alarmada y en silencio:

—Dime lo que quieres que haga.

Mary empezó a hablar, pero luego agitó la cabeza y le dijo que fuera cortando verduras.

Esa labor monótona y el hecho de que el personal se fuera pasando de vez en cuando por la cocina la distrajeron lo suficiente como para que la tarde se le pasara relativamente rápido.

Una vez de vuelta a su habitación y cuando se iba a preparar para la cena, que casi siempre hacía con los huéspedes, rebuscó en el armario y encontró su vestido favorito, una falda blanca y jersey de seda. Cuando se lo ponía, parecía darle confianza en sí misma, aunque extrañamente, no podía recordar haberlo comprado. Lo había encontrado en su maleta cuando volvió de Seattle. Era bonito, pero demasiado elegante para las cenas informales y familiares del hotel.

Dejó a un lado esa ropa y eligió una falda y camiseta verdes. Se cepilló el largo cabello y se dirigió a actuar como anfitriona en el

comedor.

Flynn Parker no había aparecido para cenar y los demás ya estaban instalados.

Poco después apareció él y se sentó solo en una mesa que daba a la terraza, lo que por fin, le dio a ella la oportunidad que no había tenido antes de observarlo detalladamente desde la puerta de la cocina.

Aún vestido informalmente con unos pantalones oscuros, camisa blanca y una cazadora de cuero gris, parecía un hombre de fuerza y decisión.

Resultó curioso ver la forma en que su presencia afectaba a los demás huéspedes. Los hombres parecían sentarse más estirados y metían tripa y las mujeres sonreían y se arreglaban el cabello. Pero Flynn no parecía darse cuenta de la presencia de nadie. Miró a su alrededor como buscando algo y entonces, la vio en la puerta. Como atraída por la fuerza de su voluntad, Annie se le acercó y le pasó un menú. Los platos de la cena eran muy sencillos ya que Mary los hacía a la perfección.

Flynn le echó un vistazo y eligió lo que quería, luego le preguntó:

—¿Podemos hablar?

Esta vez, ella sí estaba preparada. No iba a dejar que la pillara por sorpresa. Sabía lo que esperarse y cómo responder. Cerró el menú y se lo puso bajo el brazo mientras sus miradas se cruzaban.

—Después de la cena. Cuando todo el mundo se haya marchado. Podemos ir a mi oficina.

—Muy bien.

Luego Annie se dirigió de nuevo, muy digna, a la cocina, pero fue muy consciente de la presencia de él y de sus miradas durante toda la cena. Flynn comía despacio y metódicamente, pero siempre que ella pasaba cerca de su mesa, notaba la impaciencia que lo embargaba.

Por fin, los huéspedes desaparecieron y Annie sabía que Beatrice y Velma eran muy capaces de hacerse cargo de cualquier cosa que sucediera, así que fue a decirle a Flynn que estaba lista, aunque no hubo necesidad de hacerlo. Él estaba a su espalda, a pocos

centímetros de ella.

—¡Oh, me ha asustado!

—Bueno, no es la primera vez hoy ¿verdad? ¿Vamos ya?

Recuperando rápidamente su compostura, ella lo condujo a su oficina y se sentó tras su mesa y le dijo:

—Por favor, siéntese.

Flynn cerró la puerta, echó un vistazo a su alrededor y le dijo:

—Prefiero estar de pie.

—Bueno, como quiera. Vamos a tratar de hablar de esto tranquila y racionalmente —dijo ella, muy orgullosa de su frío tono de voz.

Flynn la miró durante algunos segundos antes de hablar.

—Hoy me has proporcionado el shock más grande de mi vida.

Annie esperó a que siguiera, pero entonces se dio cuenta de que él no se iba a disculpar por haberla asustado. Tal vez él creyera que se lo merecía. Ese pensamiento la afirmó en su decisión de ver a qué venía todo aquello.

—No le estoy mintiendo —dijo manteniendo una voz tranquila —. No lo recuerdo, no recuerdo haberme casado con usted…

Casi añadió que tampoco recordaba haberlo amado, pero se contuvo a tiempo.

Flynn se sentó entonces en el borde de su mesa y eso la hizo sentirse pequeña y vulnerable. Para sobreponerse a esa sensación, se acomodó bien en la silla y levantó la barbilla.

—Tú estuviste en Seattle —dijo él.

—Sí. Sí, estuve.

—En febrero y marzo, hace dos años.

Ella se humedeció los labios.

—Estaba haciendo un cursillo con la cadena de hoteles Heritage, pero… Tampoco recuerdo nada de eso.

—Lo encuentro difícil de creer. Todo esto es difícil de creer.

—Es cierto. Le digo que lo es.

—¿Por qué no empiezas desde el principio?

Ella no estaba muy segura de dónde estaba eso, pero después de un momento de silencio, empezó.

—Mis padres y mi tío eran los propietarios de este hotel. Ahora es suyo y mío. Yo crecí aquí y se daba por hecho que sería yo la que lo llevara algún día, así que mi padre pensó que necesitaba

experiencia y estaría bien que trabajara una temporada en una gran cadena, así que me metí en unos cursillos que Heritage había organizado. La primera parte fue en Los Ángeles y luego, en Seattle. Venía a casa en mis días libres.

Entonces, ella se calló para dominar un nudo que se le había formado en la garganta.

—Una de esas vacaciones, justo antes de que me fuera a Seattle para continuar el cursillo yo estaba aquí y mis padres iban a ir en avioneta a Santa Bárbara a hacer la compra. Mi padre era piloto y llevaba su propio avión.

Apretó los labios cuando volvió a enfrentarse a los dolorosos recuerdos. Por lo menos ahora podía hablar de ellos, estaba progresando.

—Yo estaba en la pista y los vi despegar. Cuando lo hizo, algo fue mal y se estrellaron en las rocas al final de la isla.

Flynn se estremeció visiblemente y extendió la mano hacia ella.

—Se mataron —dijo con la voz llena de espanto.

—Sí —respondió ella, controlando las lágrimas.

—Y tú lo viste.

—Sí. Nosotros… los enterramos bajo los pinos. Yo cerré el hotel y… un amigo me llevó a Seattle en barco. No sé lo que pensaba entonces. Debí tener alguna idea en mente de que necesitaba terminar el cursillo. Por lo menos, eso es lo que creí. No recuerdo nada después del funeral de mis padres. Lo siguiente que recuerdo es que andaba por una calle de Seattle con las maletas en las manos. Eso fue dos meses más tarde.

Flynn empezó a pasear por el pequeño despacho.

—Ése debió de ser el día en que te marchaste de mi casa. Yo volví de un viaje de negocios y me encontré con que te habías ido. Te dejaste todo lo que yo te había dado, incluyendo el anillo de boda.

—¿Así que se divorció de mí? ¿Por abandono del hogar?

Él la miró entonces, intensamente.

—No.

—¿Quiere decir que seguimos casados?

—Sí.

—¿Porqué?

De alguna manera, el conocimiento de que pudiera estar casada

todavía, de que estaba casada con ese desconocido, no se le había ocurrido. Ése fue el más enervante de los shocks que había recibido ese extraño día.

—Tal vez quisiera descubrir por qué lo habías hecho. ¿Por qué me habías abandonado sin decirme nada?

Annie no creyó que ésa fuera toda la verdad.

—Si hubiera sabido de su existencia, le habría escrito. Volví a aquí y lo único que tengo de Seattle es una foto que alguien me tomó en el Space Needle.

—La hice yo —dijo Flynn, al tiempo que sacaba su cartera y de ella una foto—. Le pedí a uno que pasaba por allí que nos hiciera ésta.

Entonces, la dejó sobre la mesa delante de ella y Annie la miró. Su imagen estaba sonriendo, pero su mirada era increíblemente triste. Su primera reacción fue de pena y la segunda, preguntarse qué habría visto un hombre como Flynn Parker en una mujer con ese aspecto.

La expresión de él en la foto parecía ser cauta, pero posesiva, lo mismo que el brazo que tenía sobre sus hombros. Se preguntó si el gesto habría sido por la foto o porque realmente se sintiera tan protector con ella. Lo miró entonces y se encontró con su mirada feroz. No estuvo segura de querer saberlo.

Entonces, apartó la foto. Flynn la tomó y se la metió de nuevo en la cartera.

—¿Cómo puedes haberlo olvidado todo de entonces?

—¿Se cree que yo no estaba aterrorizada? Volví a la consciencia en una ciudad que no conocía. Tuve que preguntarle a un vendedor ambulante cuál era. El hombre me miró como si estuviera loca.

La expresión de Flynn indicaba que todavía no la creía.

—Debiste ir directamente al hotel para dejar el trabajo.

—Eso fue lo único que se me ocurrió. Una vez que descubrí que estaba en Seattle, supe por qué estaba allí, pero cuando supe la fecha y me di cuenta de que había perdido dos meses de mi vida, me quedé aterrorizada.

Lo cierto era que en el hotel, sus compañeros de trabajo habían dicho algo de que ahora no necesitaría trabajar ya que tenía un marido rico, pero como tampoco se acordaba de ellos, no les hizo caso y salió corriendo de allí.

—Llamé a un amigo y vino a buscarme.

Lo cierto fue que James se había sorprendido de oírla ya que no sabían nada de ella desde hacía dos meses.

—Salgamos de aquí. Me está entrando claustrofobia.

Ella lo miró.

—¿Fuera?

—Eso es. He visto un sendero que lleva a la playa —dijo él, abriéndole la puerta—. Vamos.

—Ya está oscuro.

Pero él ya estaba en recepción.

—Ponte una chaqueta.

—Bueno, de acuerdo.

Era evidente que no tenía sentido discutir, así que tomó una chaqueta vaquera y se reunió con él en la puerta del edificio. Cuando le dio la primera brisa fresca en la cara, pensó que no había sido tan mala idea.

Caminaron en silencio durante unos minutos y entonces, Flynn dijo:

—¿Cuánto tiempo tardaste en recuperar la memoria?

Ella apretó los puños, frustrada.

—¿Es que no ha oído nada de lo que le he dicho? Nunca la recuperé. Cuando volví a casa, me volví loca tratando de recordar algo de esas semanas perdidas, pero no lo logré. Estaban en blanco. Entonces, fui al médico en Santa Bárbara. Me dijo que tenía una condición amnésica llamada fuga.

Flynn se detuvo y la miró. Seguía pareciendo incrédulo.

—¿Fuga? Ése es un término musical.

—También psiquiátrico. Es una huida de la realidad en la que una persona asume una personalidad, toda una vida, diferente de la suya normal. Sus acciones pueden parecer racionales, pero se olvidan cuando la mente está lista para afrontar de nuevo la realidad. Normalmente, la produce un fuerte choque psicológico.

—La muerte de tus padres.

¿Había oído ella como si su tono de voz se suavizara? Cuando vio su expresión supo que debía habérselo imaginado.

—Y estar en el cursillo. Fue muy difícil para mí. Había muchas cosas que no necesitaba para llevar un hotel como éste. Fue como si mi cerebro rebosara. También odiaba estar lejos de esta isla.

Flynn frunció el ceño.

—Pero tus padres murieron aquí.

—También tengo más recuerdos felices que tristes de este lugar.

—Entonces, ¿me estás diciendo que lo recuerdas todo de antes de su muerte?

—Y todo lo demás, salvo ese período de dos meses.

Flynn bajó la cabeza y apartó la mirada por un momento. Cuando la volvió a levantar, su expresión era dura.

—En otras palabras yo soy lo único que has olvidado.

Annie levantó las manos en un gesto de impotencia.

—Así parece.

—¿Recordarás alguna vez?

Ella se encogió de hombros; entonces, recordó que él no la podía ver en la oscuridad y dijo:

—No lo sé. Los médicos a los que he consultado me han dicho que puede que nunca recuerde esa época, porque en mi mente, no era realmente yo la que estaba viviendo esa vida.

—Todo esto es francamente difícil de creer. Aparentemente, he estado casado con una imitación.

Sorprendentemente, eso le dolió.

—Lo que a mí me resulta difícil es creer que he estado casada con usted.

—¿Quieres pruebas?

—Sí. Sí, las quiero. Algo de lo que no se pueda dudar.

—Bueno, haré que mi secretaria me mande el certificado de matrimonio.

—Muy bien.

Annie se dio la vuelta entonces y se quedó mirando al mar en silencio por un rato. Luego le preguntó:

—¿Cómo era yo? Cuando estábamos…

—Casados —completó Flynn como enfadado—. ¿Cuando vivíamos juntos como marido y mujer? ¿Cuando nos duchábamos juntos? ¿Cuando desayunábamos juntos? ¿Cuando tú llevabas la ropa a la tintorería y yo la recogía? ¿Cuando estábamos casados?

Sorprendida por su vehemente tono de voz y por las extrañas imágenes mentales que sus palabras habían creado, Annie asintió.

—Sí, de acuerdo. Cuando estábamos casados, ¿cómo era yo? ¿Qué nos juntó?

—¿Significa eso que admites que te estoy diciendo la verdad?

—No estoy admitiendo nada… todavía, pero no se me ocurre ninguna razón para que me mienta. Aunque realmente no lo conozco, ¿verdad?

—No. No me conoces en absoluto, e incluso a pesar de que quieras saber cómo eras entonces, no voy a responder a esa pregunta esta noche —dijo él tomándola del brazo y haciendo que se dirigieran de nuevo al hotel—. Ya has tenido bastante para un día. ¡Y yo también!

Capítulo 3

—Esta es la mayor locura que he oído en toda mi vida —dijo James, mirándola como si de repente le hubieran salido a Annie dos cabezas.

—¡Dímelo a mí! Todavía no me lo creo.

Annie lo miró y esperó no estar molestando a su amigo. Parecía que estaba un poco mejor de la gripe, pero seguía teniendo mal aspecto. No debía pasar mucho tiempo fuera de la cama.

—No debería estar molestándote con esto cuando todavía no estás bien.

—No seas tonta. ¿A quién se lo ibas a contar si no a tu mejor amigo?

Ella sonrió agitadamente y asintió.

—Tienes razón. Ha sido una sorpresa tan grande que todavía no me aclaro.

Lo cierto era que no había dormido nada en toda la noche.

—¿Crees que dice la verdad?

—Yo… Bueno, eso parece. De todas formas, me ha dicho que su secretaria le va a mandar una copia del certificado de matrimonio para que esté segura.

—Entonces, ¿qué?

—¡No lo sé!

—Puedes divorciarte de él. Esto es California, ¿recuerdas? Los divorcios son tan fáciles de conseguir como las licencias de pesca.

—Sí, podría.

Lo había pensado durante esa larga noche. Siempre había querido casarse, como lo habían hecho sus padres. Ellos lo habían

compartido todo, nunca habían perdido el arte de la comunicación entre ellos y siempre habían estado enamorados. El día que murieron se dirigieron al avión con las manos entrelazadas.

Sus padres la habían enseñado a terminar lo que empezaba. De alguna manera, divorciarse de Flynn podía parecer como si lo abandonara otra vez y huyera de sus responsabilidades. Y aún así, si no lo recordaba, si la mujer con la que él se había casado sólo había sido Annie Locke de nombre, ¿era válido ese matrimonio?

Lo que sí sabía ahora era que él no la dejaría ir fácilmente. Por lo menos, no hasta que tuviera las respuestas que estaba buscando. Pero, ¿por qué querría seguir casado con ella?

—Me pregunto por qué ha seguido casado contigo —dijo James, como si le hubiera leído el pensamiento, cosa que a ella no le extrañó.

James era tres años mayor que ella y siempre había sido como un hermano mayor en todos los sentidos, menos en la sangre.

—Eso es otra cosa que no sé.

—Tienes algo de tiempo para decidir qué hacer. Puede que él no tenga prisa, si no te habría encontrado antes.

Eso era cierto, pensó ella. ¿Por qué Flynn no había tratado de encontrarla? Con su dinero y poder no debía haberle resultado difícil encontrarla.

—No había pensando en eso.

—No me extraña. Lo único que hiciste ayer fue descubrir que tienes un marido con el que no recuerdas haberte casado. Eso debió ser suficiente para que todo lo demás se te escapara de la cabeza, además… ¿Es ése?

—¿Qué?

Annie se volvió rápidamente para mirar a donde James le indicaba y vio que Flynn había doblado la esquina del edificio del hotel y se dirigió a donde estaban ellos.

James se levantó de la tumbona donde estaba y se puso en pie, pero Annie trató de impedírselo.

—No te levantes. Todavía no estás bien.

—¿Te crees que voy a enfrentarme con ese tipo tumbado como un inválido?

Annie se levantó entonces también, dándose cuenta de que James tenía razón. Flynn no era de la clase de hombre ante el que

se pudiera demostrar debilidad.

Cuando Flynn llegó a su lado, su mirada se fijó sólo en ella e ignoró a James.

—Te estaba buscando.

Annie trató de tragarse el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Sí?

—¿Por qué no me enseñas tu isla?

Parecía que no se le hubiera ocurrido que ella tuviera trabajo que hacer. Fue a decirle que así era, pero entonces se dio cuenta de su aspecto. Parecía como si hubiera dormido tan poco como ella misma.

—¿La isla?

—No parece que estés muy ocupada.

Por fin miró a James, que adoptó una postura marcial en la que se le notaron los seis años que se había pasado en los marines.

Annie señaló entonces a su amigo.

—Éste es James Fredericks. James, éste es Flynn Parker.

Los dos hombres se midieron con la mirada. James apartó el brazo con el que la estaba rodeando la cintura y extendió la mano. Flynn dudó un momento antes de aceptarla. La dura expresión de Flynn pareció suavizarse como si James hubiera hecho algo con lo que se ganara su respeto. Confundida, Annie los miró a los dos. Alguna clase de comunicación silenciosa y masculina se estaba produciendo entre ellos.

Entonces, la desconcertó ver un destello de humor en los ojos de James.

—Adelante, Annie —dijo—. Yo me vuelvo a la cama. Llevo ya demasiado tiempo levantado. No tienes que quedarte conmigo.

Ella parpadeó y miró a Flynn a tiempo de ver reflejarse rápidamente la satisfacción en sus rasgos.

—¿Vamos, Annie?

—Tengo trabajo…

—No hay muchos huéspedes en el hotel ahora.

—No, pero tengo que hacer las cosas habituales de la mañana.

—Ve con él, Annie —dijo James—. Parece que tenéis que hablar.

Annie miró irritada a su amigo, pero no se le ocurrió nada que

decirle, salvo llamarle traidor en voz baja cuando Flynn la tomó del brazo.

—¿Le has hablado de nosotros? —le preguntó Flynn, cuando estuvieron lejos.

—Claro. Es mi mejor amigo.

—Nunca he conocido a un hombre y una mujer que fueran los mejores amigos sin que eso les lleve a otra cosa.

—Entonces, ésta es la primera vez para ti, ¿no?

Él ignoró esa pregunta sardónica.

—¿Estás enamorada de él?

Annie se paró en seco y lo miró de frente.

—Pareces creer que tengo dificultades con la confianza lo mismo que con la memoria. Todo lo que te he dicho hasta ahora es cierto, incluyendo esto —dijo apoyándole un dedo en el pecho—. James es como un hermano para mí. Ni más, ni ciertamente, menos.

—Ya veo. Bueno, ¿por qué no me muestras la zona recreativa del hotel?

Annie respiró profundamente para controlar el enfado, algo que sospechaba que iba a tener que hacer a menudo mientras estuviera cerca de ese hombre.

—Vamos a las pistas de tenis. Algunos huéspedes van a jugar esta tarde y Carlos me ha dicho que hay un agujero en una red.

—¿Y lo vas a arreglar tú? ¿Dónde está el encargado de mantenimiento?

—Carlos es el encargado de mantenimiento, pero tiene otras cosas que hacer esta mañana.

—Entonces yo te ayudaré.

Annie no se molestó en discutir. No habría servido para nada.

Una vez en las pistas, tomó un ovillo de cuerda para reparar la red de uno de los almacenes de material y se puso a arreglarla. Se veía claramente que la red ya había sido reparada otras veces.

Mientras ella trabajaba arrodillada, Flynn miró la red y dijo:

—Necesitas una red nueva.

—Ésta puede durar un poco más.

—No mucho.

Ella le dedicó entonces una mirada asesina.

—Cuando me lo pueda permitir, la compraré.

Flynn se arrodilló para ayudarla a sujetar el hilo y sus dedos se

rozaron. Annie pensó que era tan poca cosa que no tenía ni que haberlo notado, pero el caso es que lo había hecho y mucho. Sin mirarlo a los ojos, se apresuró a terminar.

—Si andas mal de dinero, tal vez necesites un inversor.

Eso la hizo ponerse en pie casi de un salto. Ya era suficientemente malo tener que aguantar a su tío ausente, con su habitual necesidad de dinero.

—No. Ha sido un invierno duro, eso es todo. Somos económicamente estables siempre que no gastemos el dinero en cosas innecesarias.

—Annie, la calidad lo es todo en el negocio de la hostelería. La gente no paga los precios que le pedimos para jugar al tenis en una pista con la red remendada.

En eso tenía razón, pero ella no quería admitirlo.

—La pista está en muy buen estado. Eso es lo único que se necesita.

Entonces fue a romper el hilo con la mano, pero él sacó del bolsillo una navajita nacarada y lo cortó.

Annie frunció el ceño levemente en cuanto la vio. La había visto también el día anterior en la habitación de Flynn.

—¿La reconoces? —le preguntó él, enseñándosela.

—No. ¿Debería hacerlo?

—Me la regalaste tú —dijo él, metiéndosela en el bolsillo de nuevo.

Se levantaron y él tomó el ovillo de sus manos y lo dejó en el almacén. Ella se apoyó en uno de los postes de la red.

—¿Por qué te regalé una navaja?

—Dijiste que necesitaba una.

Su padre siempre había llevado navaja ya que la encontraba de lo más útil. El pensamiento de que le había regalado la clase de cosa que lo igualaba con su padre la extrañó. Parecía sugerir que en alguna parte de su mente, había pensado que su matrimonio con Flynn fuera permanente. ¿Era eso lo que él también había pensado?

Annie miró a los lejos un momento, antes de preguntarle:

—¿Me buscaste?

Si esa pregunta le sorprendió, no se le notó nada.

—Pasaron tres días antes de que supiera que te habías marchado.

—¿Cuándo volviste de tu viaje de negocios?

—Sí. Estaba en Hawaii. Quise que vinieras conmigo, pero tú no podías volar y yo no tenía tiempo para ir en barco.

—Y cuando volviste yo me había marchado.

—Con toda tu ropa. Lo único que te dejaste fue todo lo que yo te regalé o que te habías comprado después de que nos casáramos.

Su subconsciente había realizado una ruptura muy exacta entre ambas partes de su vida. Había leído que eso podía suceder. Se estremeció. No era fácil ser un ejemplo de libro de una afección tan rara.

—Para cuando me di cuenta de que te habías marchado de verdad —continuó Flynn—, ya había pasado una semana. La gente del Hotel Heritage no sabía nada de tu procedencia y la única dirección que tenían era un apartado de correos en Santa Bárbara. Cuando lo investigué ya lo habían alquilado a otra persona. Y entonces…

—¿Entonces?

—Murió mi padre. De un ataque al corazón. Nadie sospechó que le pasara nada, pero lo cierto era que llevaba años esforzándose demasiado. Tuve que hacer los arreglos para el funeral, luego tuve que ocuparme de mi madre y mi hermana y por supuesto, de la compañía. Había cientos de trabajadores y estábamos en medio de una gran expansión que había sido algo muy importante para mi padre y después de todo eso, tuve que luchar contra un montón de tiburones financieros que pretendieron quedarse con el control de la compañía.

—Supe de la muerte de tu padre… Cuando volví a recuperar el interés en el negocio de la hostelería. Debió ser terrible para ti. Lo siento.

Flynn se limitó a asentir levemente, pero Annie se dio cuenta de que el dolor todavía debía de ser profundo.

—Pude haber contratado a un detective —continuó él—. Y pensé hacerlo tan pronto como las cosas se tranquilizaran y…

—Estabas furioso conmigo y tu orgullo estaba herido —dijo ella, interrumpiéndolo.

Flynn apartó la mirada y pareció como si se estuviera comiendo las palabras.

—Sí. Nunca pensé que fuera un hombre orgulloso, pero lo soy.

No me gusta que me den patadas en la boca.

—Así que dejaste las cosas como estaban, ¿no?

Eso no encajaba con lo que estaba averiguando de su personalidad. Era un hombre decidido y seguro de sí mismo y de lo que quería, aunque había permitido que su matrimonio permaneciera en un estado de incertidumbre durante dos años. Al parecer, no le estaba contando todo.

—Dejé las cosas tal cual hasta ahora. Como te he dicho, no tuve tiempo de ocuparme de ello hasta que no tuve un período de descanso en el trabajo. Había decidido que tan pronto como volviera a casa, haría lo que fuera necesario para encontrarte y resolver el matrimonio de una forma u otra.

Annie se pasó entonces una mano por la frente.

—Me siento como si estuviera oyendo los actos de una desconocida. Yo… lo soy de alguna manera. La mujer que te dejó no es como soy yo.

—Estoy empezando a darme cuenta de ello.

Una oleada de alivio inundó a Annie.

—Entonces, ahora que me has encontrado, aunque sea accidentalmente, el matrimonio está resuelto o tal vez debería decir, disuelto. No hay ninguna razón para que permanezcamos casados.

—Puede que la haya.

—¿Qué razón puede haber? Lo único que tenemos que hacer es divorciarnos tranquilamente…

—¿Por qué precipitarnos a un divorcio?

Annie levantó las manos en el aire.

—Evidentemente, nos precipitamos con el matrimonio, ¿por qué no podemos salir de él tan fácilmente?

Flynn levantó una ceja cuando le contestó.

—Tú misma acabas de decirme que no eres la misma mujer con la que me casé.

—Eso es —respondió ella, sintiéndose como si se estuviera metiendo en un campo de minas.

—Entonces, ¿por qué podría querer yo dejarte antes de llegar a conocerte?

—Porque no sabes… ¿No estarás tratando de confundirme?

Flynn se encogió de hombros.

—No. Ya estás confundida. Estoy tratando de ayudarte a clarificar tus pensamientos.

—Si seguimos así, va a empezar a salirme humo por las orejas.

Luego Annie se volvió y empezó a caminar hacia el hotel.

—Tengo trabajo que hacer.

—Se suponía que me ibas a enseñar la isla.

Pero ella siguió caminando.

—Más tarde.

—Estás huyendo.

Esas palabras la hicieron detenerse y se volvió. Él no se había movido de donde estaba.

—Me gustaría ver esto resuelto lo antes posible.

—Por resolver quieres decir que hagamos las cosas a tu manera —dijo él, de una forma que dejaba bien claro que aquello no le gustaba.

—No veo por qué no.

—Me preguntaba si tenías un carácter fuerte. Antes no lo tenías. Eras tranquila. Controlada…

—Ya te digo que no era yo de verdad. Ésta soy yo en realidad. Seguramente, no querrás seguir casado con una autoritaria.

—No te lo he llamado. Sólo he dicho que tienes carácter. No creo que eso sea algo que un marido no deba decir.

—¿Cómo voy a saber yo lo que debe o no debe decir un marido? —le preguntó ella, completamente exasperada ya.

—Mi experiencia también es limitada en eso —respondió él suavemente—. Sería mejor que descubriéramos juntos lo que se dicen los maridos y las esposas antes de hablar de divorcio.

Annie se apretó las sienes con las manos. Aquello la estaba volviendo loca. Ese hombre no paraba de ponerle trampas verbales en las que, invariablemente, caía como una tonta. ¡Tal vez no lo había dejado la primera vez por sus problemas emocionales, sino por eso mismo!

—Puede que sea mejor que dejemos eso como un misterio —sugirió.

—Puede que sea mejor que mantengas tu promesa y me enseñes tu isla.

—¡Oh, de acuerdo! —dijo ella, desesperada—. Ya has visto las pistas de tenis. Vamos al campo de golf. Puede que allí encuentres

un contrincante.

Entonces, Flynn la agarró de un brazo. Trató de soltarse, pero no lo logró y él la hizo acercarse.

—¿Ya no juegas?

Extrañada, Annie agitó la cabeza.

—¿Qué? ¿Al golf?

—Eso es.

—No he jugado en mi vida.

—Te enseñé yo mismo. Se te daba bastante bien.

Ella agitó de nuevo la cabeza.

—No. Nunca se me han dado bien los deportes.

—Ayer estuviste jugando al fútbol.

La había visto. De repente, a Annie le dio la impresión de que el ambiente se había cargado de tensión. Pero no era una tensión de ira, pensó. Era deseo. Quiso romperla. Iba a hacerlo, pero entonces su mirada se posó en los labios de él y se preguntó cómo los sentiría junto a los suyos. ¿Recordaría su cuerpo lo que su mente había olvidado? Un calor sensual la recorrió en oleadas por debajo de la piel.

—¿Annie? —La voz de él pareció llegarle desde muy lejos—. Ayer estuviste jugando al fútbol.

—¡Oh… sí! Estuve jugando con Luis. Estaba solo y quería jugar con alguien.

—Ya veo.

Entonces, de alguna forma, su brazo la rodeó por la cintura y la hizo acercarse más aún. La otra mano se introdujo por la ancha manga de su blusa, mostrando su pálida piel.

Annie se preguntó cómo era posible que un hombre que trabajaba tras la mesa de un despacho tuviera las manos callosas, pero no hizo mucho caso de ese pensamiento. De lo único que era consciente era de su proximidad, del calor de su contacto, de su olor, que le recordaba a la brisa marina.

—Estabas satisfaciendo el deseo de un niño. Eso es bueno por tu parte. ¿Qué te parecería satisfacer los de un hombre?

Ella lo miró los labios mientras hablaba. ¿La iba a besar?

—¿Satisfarías mi deseo, Annie?

—¿Cuál es?

A ella le estaba costando trabajo mantener los ojos abiertos.

Todo el resto del mundo parecía estar muy lejano y sólo se podía concentrar en él.

—Quiero que me beses. Eso no es mucho pedir para un marido, ¿verdad? ¿Un beso en dos años? No he sido un marido exigente, ¿no te parece? ¿Vas a negarme un beso?

Annie se rindió por fin y cerró los ojos. Levantó la cara de forma que sus labios quedaron muy cerca de los de él.

—Claro que no —susurró.

Flynn la recompensó en silencio y acercó los labios, pero los apartó en el último momento y le dio un beso en la mano. ¿Es qué no la iba a besar?

Entonces, él levantó la mirada y se encontró con la suya. Se reflejaba el calor y el triunfo. Antes de que ella pudiera llegar a una conclusión sobre el significado de eso, Flynn le había puesto la mano sobre el hombro y tomó posesión de su boca. Annie suspiró de placer cuando él le acarició el cabello. Una parte de su mente trató de recordar si había sentido lo mismo con anterioridad, mientras otra pensaba que no importaba y que tenía que disfrutar del momento.

Él sabía maravillosamente y Annie supo entonces lo que su cuerpo había estado tratando de decirle. Ese hombre había sido su amante. No lo recordaba, pero sí lo sabía.

Entonces él se apartó y mirándola a los ojos, le dijo:

—¿Annie? Tienes que decirme una cosa.

Ella tenía los ojos cerrados y estaba completamente apretada contra él. Tenía las manos en su cabello y los labios contra los de él.

—¿Qué quieres saber?

—¿Ha habido otros hombres después de mí?

A Annie le pareció como si le echaran un jarro de agua fría por encima. Se apartó inmediatamente de sus brazos y se llevó los dedos a la boca, donde todavía sentía sus besos.

—¿Qué quieres decir?

Flynn entornó los párpados y sus rasgos se endurecieron. Annie lo miró a los ojos desafiantemente.

—Nunca antes me habías besado así —le explicó él—. Ha sido como si te quisieras meter dentro de mi piel. Eras una amante tranquila y dudosa. ¿Te ha enseñado alguien cómo se pueden poner las cosas de salvajes entre un hombre y una mujer?

Una furia que nunca antes había conocido la inundó entonces, haciéndola ver borroso.

—¡No! —le gritó—. ¡No ha habido otros hombres y los haya habido o no, eso no es cosa tuya!

A él pareció sorprenderle su estallido.

—Todo lo que se refiere a ti es asunto mío, Annie. Eres mi esposa.

—Sigo necesitando alguna prueba de eso.

Entonces, oyó a Luis llamándola por su nombre mientras corría hacia ella con toda la velocidad que le permitían sus pequeñas piernas.

Annie corrió también entonces hacia él, con Flynn pisándole los talones. Luis corría con tantas ganas que chocó contra ella.

—Mary está enferma. Te necesita en la cocina. Mi mamá dice que vayas rápido.

Annie no se molestó en preguntarle nada, pero le tomó de la mano y ambos salieron corriendo. Flynn los siguió y ella lo miró, furiosa.

—Esto es cosa del hotel, Flynn. No tienes que meterte.

—Yo estoy en el negocio de los hoteles, ¿recuerdas?

—No en éste.

Flynn no reaccionó a su enfado.

—Tal vez pueda ayudar.

Cuando llegaron a la puerta de la cocina, fue ella la que entró antes. Mary estaba sentada delante de la mesa con la cabeza en las manos y Beatrice estaba a su lado. Cuando entraron, Mary los miró. Estaba muy pálida.

—Tiene la gripe —dijo Beatrice, muy preocupada—. Pero insiste en que tiene que preparar el almuerzo.

—Tienes que meterte en la cama y quedarte allí hasta que te encuentres mejor —le dijo Annie.

—Y ¿quién va a cocinar? Tú no, desde luego. Beatrice puede ayudar, pero sólo está acostumbrada a cocinar para tres.

—No te preocupes por eso —insistió Annie—. Ya pensaremos algo.

No se podía imaginar qué, pero su mayor preocupación era Mary. En toda su vida, nunca la había visto enferma.

—¿Qué hacéis cuando tiene el día libre? —preguntó entonces

Flynn—. Debéis tener un cocinero suplente.

—Sí —respondió Annie—. Últimamente se ha hecho cargo James, pero ahora no puede.

Flynn asintió y se acercó a Mary. Se inclinó y la tomó en brazos con toda facilidad.

—Voy a llevarla a su casa. Luego yo me ocuparé de la cocina.

Capítulo 4

—Realmente esto no es responsabilidad tuya, Flynn. Es mía y…

—Pero tú no sabes cocinar… a no ser que eso fuera también parte de tu amnesia —dijo él, mirándola incrédulamente de una forma que estaba empezando a fastidiarle a Annie.

Acababan de dejar a Mary en su casa con James, y estaban de vuelta en la cocina, donde Annie había descubierto que lo de cocinar él lo había dicho muy en serio. A pesar de sus protestas, Flynn ya había subido a su habitación para ponerse algo cómodo para trabajar y ahora estaba mirando las recetas de Mary.

—Bueno, ¿era parte de tu amnesia o no? —insistió él.

Annie levantó la barbilla desafiantemente. Estaba claro que él no la creía todavía.

—No. No sé cocinar. Pero por lo que veo, tú sí que debes saber.

Flynn dejó el libro de recetas y la miró con las manos en las caderas.

—Mi padre insistió en que lo aprendiera todo del negocio, así que pasé seis meses en una escuela de París. No soy un chef, pero sé cocinar… con tu ayuda.

—Dado que es mi cocina y mi hotel, eso espero.

Flynn continuó como si ella no hubiera dicho nada.

—Vamos a tener que hacer cosas sencillas. Tú les contarás el problema a los huéspedes y estoy seguro de que serán comprensivos y no se mostrarán muy exigentes.

—Mira, no voy a permitir que me des órdenes en mi propia cocina.

—Lo que tú digas, jefa. Evidentemente, estás más interesada en mantener el control que en ocuparte de tus huéspedes. No me extraña que este sitio esté perdiendo dinero a manos llenas.

Annie se quedó sin habla. ¿Cómo sabía él eso? Lo había mantenido en un estricto secreto. Demasiado enfadada como para negarlo o confirmarlo, se limitó a mirarlo hasta que él se volvió y se dirigió a la puerta. Cuando vio que realmente se estaba marchando, le volvió por fin el sentido común.

—¡Espera, Flynn!

Él se detuvo en la puerta y la miró por encima del hombro.

—¿Sí?

Annie se aclaró la garganta.

—Yo… Lo siento. Me alegraría contar con tu ayuda. Yo no puedo hacer esto sola.

Cuando él levantó una ceja con expresión escéptica, ella se corrigió.

—Bueno, de acuerdo. No lo puedo hacer en absoluto, pero éste es mi hotel y no estoy acostumbrada a aceptar órdenes de nadie.

—Pues vete acostumbrando… por lo menos por hoy —le advirtió Flynn, dirigiéndose al aparador—. Ahora mira a ver qué helado tenemos para los postres.

—¿Eras tan mandón cuando estuvimos casados?

—Seguimos estándolo —respondió él, empezando a prepararse para trabajar.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Claro que lo era. Siempre lo he sido.

Annie se acercó entonces al frigorífico y abrió la puerta.

—¿Y cómo lo pude soportar?

—Nunca te oí quejarte. Pero antes no eras tan cabezota.

—Ésta soy yo de verdad —le recordó ella desafiantemente.

—Cuando me ponía demasiado insoportable, tú me dedicabas una sonrisa dulce y cariñosa. Y yo me olvidaba por completo de lo de ser el jefe y te llevaba al dormitorio, donde te hacía el amor. ¿Quieres que probemos ese método?

—¡No! —exclamó Annie, atragantándose.

El calor, y esta vez no era producido por el enfado, le recorrió las venas. Esas palabras le llevaron unos recuerdos vívidos a la mente. ¿Quién necesitaba acordarse de hacía dos años cuando tenía

sus palabras y el recuerdo de su beso, hacía sólo una hora?

No le cabía duda de que le decía esas cosas sólo para ponerla nerviosa, para tener la ventaja en esa guerra estúpida. Estaba tratando de ver si ella le estaba diciendo la verdad. Tenía que negarle la satisfacción de verla reaccionar. Si podía permanecer tranquila y controlada, aquello iría como ella quería, que era con él volviendo a su vida y dejándola a ella seguir con la suya.

El secreto estaba en mantener a Flynn fuera de su vida en el hotel, asegurarse de que él no la conociera demasiado bien, ni ella a él. Y lo podría hacer en cuanto no necesitara de su ayuda.

Mientras tanto, no iba a permitir que ese beso se repitiera. Estaba más que decidida a apoyarse en su cordura y sentido común.

Entonces, revisó la provisión de helados y se lo dijo:

—Hay de praliné, tutti frutti, vainilla y…

Se interrumpió cuando vio que Flynn ya no estaba solo. Beatrice y Velma estaban junto a él, evidentemente fascinadas viéndolo trabajar en la cocina. Las dos sonreían y hablaban mientras Flynn las escuchaba con una expresión de interés en el rostro.

Annie tuvo que admitir que había algo muy atrayente en alguien tan masculino mostrándose competente en la cocina.

Entonces, Flynn sonrió por algo que le dijeron y las dos mujeres le devolvieron la sonrisa. Velma, que estaba a punto de jubilarse, pareció quitarse diez años de encima.

De repente Annie se sintió invadida por unos celos que surgieron de la nada. ¡Él nunca la había sonreído así a ella y eso que se suponía que era su esposa! Por supuesto, él no se creía que ella no pudiera recordarlo y ella no estaba segura de creer que él fuera realmente su marido. Entonces, ¿a qué venían esos celos? ¿Cómo podía sentirse celosa con alguien que quería que saliera de su vida? ¿Alguien a quien no recordaba y al que no amaba?

Confundida y molesta con sus sentimientos contradictorios, Annie le repitió lo que tenían a Flynn. Luego, bajo su dirección, empezó a preparar unas verduras para la sopa mientras Beatrice volvía a su casa y Velma a la recepción.

Las cosas fueron tranquilamente durante el almuerzo y la cena ya que los huéspedes, incluyendo a las exigentes trillizas, fueron

comprensivas.

En los momentos en que estuvieron a solas, Flynn trató de mantener una conversación con Annie, pero ella estaba demasiado afectada por la situación como para tener ganas de hablar. Había superado la muerte de sus padres, incluso había llegado a acostumbrarse a haber perdido la memoria durante ese período de tiempo. Había llegado a estar segura de que nunca recordaría esas semanas perdida en Seattle y se había convencido a sí misma de que no había pasado nada importante durante ellas.

Pero estaba equivocada, y ahora su corazón parecía estar tratando de recordar lo que su mente no podía.

Después de la cena, todo el mundo felicitó a Flynn por lo bien que se había desenvuelto, incluso las trillizas, que le pusieron en un apuro ya que lo obligaron a comprometerse a bailar con ellas una vez terminada, lo que le produjo una especie de satisfacción sádica a Annie cuando vio sus apuros.

Cuando las tres fueron a prepararse para el baile de la noche, Flynn le dijo a Annie, que no podía ocultar lo mucho que le divertía aquello:

—Acabo de ver una parte de tu personalidad que nunca habría sospechado, Anne Christina. Éste ha sido un golpe bajo. Muy bajo.

—Eso es una tontería. Sólo tendrás que poner en práctica el eslogan de los Hoteles Parker, ése que dice: *Venga a descansar, nosotros nos ocuparemos de todo*. Piensa en lo bien que van a descansar esas señoras después de un poco de ejercicio en la pista de baile. Unos cuantos valses tranquilos, algo de música lenta luego y de cabeza al país de los sueños.

Flynn frunció el ceño.

—¿Por qué será que no me lo termino de creer?

Ella se encogió de hombros con una expresión pura e inocente como la nieve recién caída.

—No lo sé, Flynn. Tal vez seas un escéptico. Confía en mí, las conozco. Llevan viniendo aquí desde que era una niña pequeña.

Entonces se dispuso a marcharse, pero él la agarró del brazo.

—Ah, no. Tú no te vas. Si yo bailo, tú también.

Cuando llegaron a la pista de baile, las trillizas ya estaban esperando a Flynn. Mildred, una de ellas fue la primera en bailar con él. Puso una cinta en el aparato de música y se dirigió hacia él

decididamente.

—¿Un vals tranquilo? —murmuró Flynn—. ¿Música lenta? Ésta me la pagas, Annie. Te lo prometo.

Annie contuvo la risa cuando Mildred se lo llevó. A Flynn le costó seguir a la energética dama, pero Annie admiró sus esfuerzos.

Se sentó en un sofá y apoyó los pies en un taburete, satisfecha por poder descansar un rato. Pero Flynn no descansó en absoluto. A Mildred le gustaba el tango, a Mabel el cha-cha-cha y a Marvis el foxtrot. Annie tuvo que admitir que no había muchos hombres jóvenes que supieran bailar las tres cosas y ciertamente, no tan bien como lo estaba haciendo Flynn.

Unos pocos huéspedes más se le unieron para compartir la diversión. Annie saludó con la mano a Flynn cada vez que pasaba cerca de ella con alguna de las damas.

Por fin, alguien puso una cinta de música lenta y las hermanas se miraron, disgustadas.

—¡Vaya! —dijo Marvis—. Iba a formar una fila de conga ahora.

—Supongo que tendremos que hacerla mañana por la noche —respondió Mabel—. Gracias por el baile, Flynn, querido. Lo sentimos, pero ésta no es nuestra música. Si quisiéramos andar agarradas con alguien por la pista, nos habríamos traído a nuestros maridos para bailar con ellos. Bueno, vamos a ver si convencemos a alguien para correr un poco por la playa a la luz de la luna.

—Encantado, señoras —dijo él, saludándolas galantemente.

Pero inmediatamente se dio cuenta de que estaba saludando a las espaldas de las damas, que ya estaban saliendo.

Annie se le acercó entonces. Su expresión indicaba que se había divertido mucho.

—Gracias por hacer felices a mis huéspedes —dijo casi riéndose —. Ha sido absolutamente… inolvidable. ¿Quieres desmayarte ahora de cansancio? Tengo un certificado de primeros auxilios y puedo… ¡Oh!

Flynn la hizo callar tomándola en sus brazos.

—Te voy a enseñar quién va a necesitar los primeros auxilios.

Antes de que ella pudiera decir nada, él la hizo seguir sus pasos.

Después de unos pocos movimientos inseguros, Annie sintonizó los suyos con los de él. Cuando siguieron el ritmo, el baile fue como sobre ruedas. Annie lo miró sorprendida. Nunca antes había podido

bailar tan bien con alguien mucho más grande que ella, pero con Flynn no le estaba costando nada. Se preguntó de nuevo si su cuerpo no estaría recordando lo que su mente no podía.

—Eso ha estado bien, Annie.

La expresión de ella reflejó toda la inocencia del mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo de hacerme pensar que esas tres dínamos estaban listas para irse a dormir. Eres una chica muy lista.

—Ya lo sé. Pero trato de ser humilde.

Flynn se rió y Annie lo miró a los ojos, disfrutando encantada de ese sonido rico y natural, el primero así que le oía. La felicidad la inundó, llenándola de calor y deseo. Estar tan cerca de él la llenaba de placer y alegría, pero no de menos pena. ¿Cómo podía haber olvidado aquello? ¿Por qué su mente habría bloqueado algo tan maravilloso? Como no tenía ninguna respuesta, se concentró en la música y el baile, viviendo sólo el momento.

Aunque se dijo a sí misma, que probablemente, no sería una buena idea bajar la guardia, se relajó en sus brazos. La velada había sido un intermedio muy agradable para el torbellino que llevaba dos días desarrollándose. Se las había arreglado para encontrar tiempo para echarse una siesta esa tarde, pero según se iba relajando la tensión, se daba cuenta de lo realmente agotada que estaba. Y estaba empezando a dolerle la cabeza.

Entonces, luchó contra el deseo de apoyar la cabeza contra el fuerte pecho de él. Incluso aunque le había dicho muy claramente que ella era la única responsable del hotel, era algo maravilloso relajarse unos minutos y escapar de sus deberes. Por un momento, se permitió fantasear con dejarle a él que se hiciera cargo de todas sus responsabilidades.

Era demasiado tentador, así que se apartó cuando terminó la música. Miró a su alrededor y descubrió que estaban solos. Al parecer, la gente se había ido a correr a la playa con las trillizas. Ella ni siquiera se había dado cuenta de cuándo se habían marchado. Vaya anfitriona estaba hecha, pensó. Evidentemente ya era hora de que le prestara atención a algo más que a Flynn.

Retrocedió rápidamente y se dirigió a la cadena de música y empezó a organizar las cintas. Cuando hubo terminado, le dijo a Flynn:

—Velma cerrará a las once. Buenas noches, Flynn.

Él entonces le impidió el paso y le dijo:

—Es muy pronto para irse a la cama. Si te acuestas ahora, te despertarás mucho antes de amanecer.

Entonces, casi le contó lo de que se había pasado la noche anterior sin dormir, pero se podría imaginar la razón, así que le dijo:

—Ya veré.

—No. Vamos a dar un paseo.

—¿Estás de broma? Casi no puedo moverme y mucho menos, andar —dijo ella, mientras se daba masaje en las sienes.

—Te duele la cabeza, ¿no? Siempre te empieza por la sien izquierda.

Annie se quedó helada y lo miró a los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Por lo menos, eso no ha cambiado. Siempre te pasa cuando estás demasiado cansada. Tienes que relajarte antes de irte a dormir.

¡Como si eso pudiera pasar estando él cerca! Annie se apartó de su lado entonces.

—Me relajaré en la ducha, luego me voy a desplomar en la cama.

Flynn se le acercó, pero no dijo nada hasta que ella no lo miro de nuevo a los ojos.

—Podría darte masaje en el cuello, en los hombros… —dijo él en voz baja y seductora, de una forma que la hizo estremecerse.

Casi le falló la voz cuando le dijo:

—No.

—Annie, un poco de masaje no significa un compromiso para siempre, ni tampoco un besito.

Pero el beso no había sido pequeño, por lo menos para ella.

—Estoy segura de que no sé lo que me quieres decir.

—Te quiero decir que si no dejas de estar tan tensa, nerviosa y poco cooperativa, nunca vamos a arreglar las cosas entre nosotros.

Capítulo 5

Annie cruzó los brazos. Por mucho que odiara admitirlo, sabía que él tenía razón, pero todo había ido muy deprisa y cada nuevo desarrollo era todavía tan devastador para su paz mental que la obstinación era su única defensa.

Como ella no contestó, Flynn insistió.

—Vente a dar un paseo conmigo.

A Annie se le quitaron las ganas de pelear.

—¿No abandonas nunca?

—No lo he intentado nunca. Te haré saber lo que pasa si lo hago alguna vez. Ahora, vamos a dar ese paseo. Me lo debes, por haberme dejado en manos de esas tres damas.

—Realmente las has impresionado. Llevan viniendo todos los años desde que puedo recordar y nunca ha habido algo que les haya gustado.

—Salvo mi forma de cocinar.

Ella sonrió, a pesar del cansancio.

—Y tu forma de bailar. No tenía ni idea de que un hombre de menos de cincuenta años supiera bailar todo eso.

—Se lo debo a mi madre y mi hermana, sobre todo a mi hermana. Cuando estaba en el instituto, pasó por una fase en que se enamoró de las comedias musicales antiguas y quiso aprender a bailar todo lo que bailaban Fred Astaire y Ginger Rogers. Yo tuve que ser su pareja de baile.

—¿Qué edad tenías entonces?

Él hizo girar los ojos en sus órbitas.

—Veinticuatro años. Siempre he sido muy blando con ella.

Annie lo miró y se dio cuenta del cariño con que hablaba de su hermana. Aquélla era una parte de él que no había visto hasta entonces, la parte del hombre de familia.

—Bueno, iré a dar ese paseo —dijo entonces, no queriendo profundizar más en esos pensamientos. Flynn asintió, como si no se hubiera esperado otra respuesta.

—Voy a por tu chaqueta. Nos encontraremos en la entrada.

Una vez allí, él le puso la chaqueta de pana sobre los hombros. Para eso, tuvo que levantarle el cabello del cuello. Como notó que no volvía a su sitio, ella se dio la vuelta y se encontró con él sujetando sus mechones rubios con las manos.

—Durante dos años he perseguido a todas las mujeres que veía con este color de cabello, pensando que eras tú. Fui un tonto. Nadie más tiene este color.

El cabello no tenía nervios, ni sensaciones. Annie lo sabía perfectamente, pero aún así pudo sentir una corriente eléctrica que le llegaba hasta la cabeza. Desconcertada, hizo que él lo soltara y luego se apartó.

Flynn dejó caer las manos a los costados.

—¿Vamos?

—¿Adónde?

—Las tres bailarinas incansables están en la playa —dijo él, abriéndole la puerta—. Vamos en la otra dirección.

—El sendero a los jardines está iluminado. Podemos ir allí.

Luego, caminaron en silencio durante algunos minutos, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Sumida en ellos, Annie no se dio cuenta de a dónde iban hasta que Flynn dejó los jardines y empezó a andar hacia la pista de aterrizaje.

—Uh, Flynn —dijo ella, deteniéndose—. ¿Por qué no damos otra vuelta por los jardines? Aquí no hay nada que ver.

Entonces, él se volvió y la miró.

—El camino que lleva a la pista también está iluminado y es más ancho. ¿Por qué no…?

—No quiero. Creía que estábamos paseando para que me relajara, no para hacer una marcha.

—Eso no es lo que te está molestando. ¿Qué te pasa, Annie?

—No he venido a la pista o a la parte este de la isla desde…

—Desde que tus padres se estrellaron.

Annie logró contener entonces las lágrimas y el nudo que se le formó en la garganta.

—Sí.

—Vas a tener que afrontarlo alguna vez.

—No esta noche.

—Fue algo terrible para que lo vieras…

—Sí, lo fue. La pérdida fue total… Debo parecerte una cobarde. Quiero decir… tú también perdiste a tu padre.

—Pero no vi cómo sucedió —dijo él en voz baja—. Fui a su oficina unos días más tarde. Parecía como si él hubiera salido sólo por un momento, quizás para hablar con alguien en el pasillo.

Su pluma estaba sobre un montón de papeles. Su taza de café estaba casi llena. Su secretaria, que llevaba treinta años con él, no fue capaz de entrar a arreglar el despacho.

Annie deseó rodearlo con sus brazos y apretarlo contra su pecho, pero ¿cómo se lo tomaría él, ese extraño con el que se había casado?

Al cabo de un momento, Flynn se aclaró la garganta.

—No comprendo por qué no me hablaste de por lo que habías pasado.

Ya estaban otra vez. Flynn parecía decidido a negar o a no creer la verdad. Su compasión se esfumó.

—No puedo responderte a eso porque no lo recuerdo.

—¿Es posible que eligieras no recordar?

—No. ¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Porque te casaste conmigo, pero no confiaste en mí —dijo él, sin reflejar ninguna emoción en su voz.

Annie fue a protestar, pero se contuvo. ¿Cómo podía negarlo? No sabía si era cierto, pero no le gustaba lo que él estaba dejando a entender de ella.

—Si me casé contigo, debió ser porque confiaba en ti.

—Si lo hubieras hecho, me habrías contado todo esto. Lo único que me dijiste fue que tus padres habían muerto recientemente.

—Tal vez tuviera la mente bloqueada, no lo que sucedió, sino los detalles. La realidad.

—¿Y qué pasaría si recordaras esa época… si me recordaras a

mí?

Ella miró al cielo entonces.

—Si eso sucede ya veré lo que hago.

Luego empezó a andar hacia el hotel.

—Ya veremos lo que hacemos —dijo él decididamente.

Annie se estremeció y siguió caminando. No le gustaba la forma que él tenía de meterse en su vida.

—Por favor, trata de recordar que antes de ayer, no sabía nada de ti.

Flynn se puso a su lado y siguió su paso.

—¿Qué quieres saber? Ahora es tu turno de preguntar.

—Quiero saber la respuesta a la pregunta que traté de hacerte anoche. Quiero saber cómo era yo, cómo era mi personalidad cuando nos conocimos. Dijiste que era tranquila, controlada.

—Lo contrario a lo que eres ahora. Eras reservada. Triste. Ahora sé por qué.

Annie se volvió a preguntar qué podía haber encontrado él de atractivo en ella. No le parecía de la clase de hombre que pudiera interesarse por una mujer débil y dada a la autocompasión.

—¿Dónde nos conocimos?

—En la inauguración del nuevo hotel de la cadena Heritage, donde trabajabas tú. Fui a echarle un vistazo a la competencia y tú estabas allí.

Entonces él se calló, dejándola a ella insatisfecha.

—¿Y?

—Hablamos. Luego salimos juntos. Nos casamos.

—¿En dos semanas? Debimos de hablar y salir bastantes veces.

—Fueron charlas… extrañas. Me contaste muy poco de ti misma, salvo como ya te he dicho, el que tus padres habían muerto hacía poco. Yo ni siquiera supe que había sido en un accidente de aviación, aunque cada vez que te enterabas que había sucedido uno…

—¿Qué?

Flynn la miró entonces a los ojos.

—Parecía dominarte el pánico. El único sitio donde te sentías segura era entre mis brazos.

Entonces ya habían llegado a la terraza del hotel y subieron juntos los escalones que daban a la misma.

—¿No te preguntaste por qué no te hablaba de mí? ¿Me viste como una especie de mujer misteriosa?

—Es como te he dicho, Annie. Esperaba que me hablaras de tu vida cuando confiaras plenamente en mí. ¿Cómo iba yo a saber que ibas a desaparecer antes de que eso sucediera?

Annie se sintió avergonzada por sus actos, aunque no había sido realmente ella la que lo había abandonado.

—Puedo comprender tus sentimientos. Debiste sentirte traicionado.

—No te puedes imaginar lo que me enfadé.

—Me doy cuenta de la razón. No me negaré al divorcio y por supuesto, no espero ninguna clase de pensión alimenticia ni nada parecido. Después de todo… ¿Qué pasa?

Flynn la estaba mirando como si ella estuviera alucinando.

—¿Qué te hace pensar que pretendo divorciarme de ti?

—¿Por qué no vas a querer hacerlo? Yo no soy realmente la persona con la que te casaste.

—Creía que ya lo habíamos dejado claro —respondió él impacientemente—. ¿Por qué precipitarnos a un divorcio? Han pasado dos años. ¿Qué prisa hay? Tú ni siquiera pareces convencida de que estemos casados de verdad.

—Y tú no estás convencido realmente, de que de verdad te he olvidado a ti y el hecho de que nos hayamos casado.

—Entonces, esos son dos asuntos en los que debemos centrarnos, ¿no?

Annie frunció el ceño.

—Entonces hagámoslo. ¿Cuándo me vas a enseñar nuestro certificado de matrimonio? Si es que existe de verdad.

—Mi secretaria lo va a traer en persona mañana mismo —respondió él en un tono de voz beligerante, igual que el que acababa de emplear Annie—. ¿Cuándo puedes enseñarme tú una prueba de tu pérdida de memoria?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero hablar con el médico que te trató.

—¿Para qué?

—Tú quieres pruebas, ¿no? Bueno, pues yo también.

Annie casi se negó, pero se lo pensó mejor. Era justo que Flynn hablara con el doctor Landerson. Luego todo quedaría aclarado.

—Llamaré a su consulta a primera hora de la mañana. Luego, ambos tendremos las respuestas que queremos y podremos decidir qué hay que hacer.

Flynn no respondió inmediatamente, pero después de un momento de pensárselo, dijo:

—No creo que me resulte difícil imaginar lo que tú querrás hacer.

—Quiero una solución para esto.

—Te refieres al divorcio.

—Eso es. ¿Por qué no? —dijo ella, abriendo los brazos—. Éste es mi hogar. Mi trabajo, mi vida. Todo lo que es importante para mí está aquí. No comprendo por qué piensas que querría dejar todo esto.

—Quisiste hacerlo anteriormente.

—¿Qué…? ¿Cuándo?

—Te casaste conmigo sabiendo perfectamente que mi vida, mi trabajo, estaba en San Francisco, que sólo estaba en Seattle por unos pocos meses para supervisar la renovación de mi hotel de allí. Nunca me hablaste de tu vida aquí, del hotel, ni de ninguna otra cosa.

Annie, furiosa, le puso un dedo en el pecho.

—¿Ves? Eso prueba perfectamente que no estaba en mis cabales. Yo nunca quise marcharme de aquí.

Flynn se le acercó hasta que sus cuerpos casi se tocaron y entornó los párpados.

—¿Es por eso que me has dicho de que tu vida está aquí, o porque como yo he vuelto a entrar en tu vida, te niegas a afrontar tus responsabilidades?

—¡Negarme a…! ¡Mis responsabilidades están aquí! Y lo que es más, tú no tienes ningún derecho a…

—Tengo un certificado de matrimonio que dice que tengo un montón de derechos, Annie —dijo Flynn, retrocediendo de repente —. Tal vez sea mejor que te vayas a la cama antes de que empiece a reclamarlos. Ni siquiera deberíamos estar discutiendo de esto ahora. Estás demasiado cansada como para ser razonable o lógica. Duerme hasta tarde mañana, necesitas descansar. Velma y yo podemos ocuparnos del desayuno.

—¡Un momento…!

—Ya basta. A la cama.

Aunque estaba que le salía humo por las orejas, no estaba dispuesta a oír una palabra más y al parecer, Flynn tampoco. Se dieron las buenas noches poco amablemente y Annie casi echó a correr cuando se fue a su cuarto, donde resistió la tentación de dar un portazo con todas sus ganas.

Ese hombre era insoportable. No se le ocurría por qué se habría casado con él. No era en absoluto el hombre amable y considerado con el que siempre había soñado que se casaría, lo que probaba más todavía que no estaba en sus cabales cuando se conocieron.

Cuando se calmó un poco se sentó en la cama y trató de decidir qué era lo que la alteraba tanto de Flynn Parker.

Era su actitud de hacerse cargo de todo, decidió por fin. Junto con su convicción de que siempre tenía razón. Bueno, lo cierto era que por el momento, ya la había tenido en algunas cosas, pensó cuando se calmó un poco. Y si no hubiera sido porque él se había hecho cargo de la situación en la cocina, los huéspedes habrían tenido que comer de lata o estarían todos en el hospital si ella hubiera tratado de cocinar.

Respiró profundamente y mantuvo dentro el aire por unos segundos. Luego lo soltó lentamente. Él era tan fuerte y seguro de sí mismo… Las cosas parecían ser de lo más fácil cuando él se ocupaba de ellas.

Annie supo entonces lo que había que hacer. Por el bien de los huéspedes, aunque le costara admitirlo.

El hotel era suyo. Había sido de su familia durante tres generaciones, pero ella seguía teniendo un miedo horrible de no ser capaz de llevarlo adelante. Trabajaba duramente para pagar las facturas, a los empleados, para atraer nuevos clientes, hacerlos sentir cómodos y todo lo demás, pero la ruina económica parecía cernirse sobre ella como una enorme boca oscura. Al parecer, Flynn se había dado cuenta de los problemas por los que estaba pasando el hotel, aunque seguramente, no sabía lo desesperada que podía llegar a ser la situación si la temporada alta de verano no se daba todo lo bien que ella esperaba.

Recordó entonces a sus padres y deseó una vez más que estuvieran allí para ayudarla. Seguramente, si así fuera, no necesitaría para nada a Flynn Parker o le aconsejarían qué podía

hacer. La invadió una oleada de soledad y las lágrimas se formaron en sus ojos, pero decidió firmemente no llorar. Estaba muy claro que ella no podía haberse ido voluntariamente a vivir fuera de esa isla. No podía ser cierto. Flynn estaba equivocado.

Estaba flotando en una nube, rodeada de luz y calor. Sabía que estaba dormida y no quería despertar. Era de lo más agradable estar tumbada muy quieta. Alguien la tenía agarrada de la mano. La apretó y se vio recompensada por otro apretón y una leve risa. Entonces, le pusieron algo frío y duro en un dedo para verse rodeada otra vez de calor.

—Annie, querida, despierta —dijo una voz suavemente—. Casi es mediodía.

Ella frunció el ceño y murmuró:

—Todavía no.

No estaba lista para abrir los ojos. Era demasiado agradable eso de estar flotando y agarrada a esa mano segura.

Se la llevó a la cara y se frotó con ella la mejilla. Era una mano mucho más grande que la suya y el dorso estaba levemente salpicado de vello. ¿Papá? No, no olía como él, pero sabía que era un hombre. Entonces, en lo más profundo de su mente, se despertó la memoria.

Haciendo un esfuerzo para aclarársela, apretó los labios contra el dorso de esa mano. Se vio recompensada por el ruido de una respiración que se cortó, pero que no era la suya. Curiosa, repitió el beso para ver si se repetía el ruido.

Si podía identificar ese olor, ese contacto, ese sonido, supo que sería más feliz de lo que había sido en mucho tiempo, pero ¿qué era? ¿Quién era? Por más que intentaba recordarlo, más rápidamente se esfumaba el recuerdo.

Suspiró y abrió los ojos. Entonces, vio a Flynn Parker sentado en el borde de su cama. Llevaba unos vaqueros y un polo a rayas azules y rojas. Estaba despeinado, como si hubiera estado expuesto al viento. Sonreía y su mirada estaba llena de algo que ella no había visto antes. ¿Podría ser cariño?

Para su sorpresa, se dio cuenta de que era su mano la que había estado sujetando. ¡Y besando! Se soltó como si quemara y se sentó

en la cama.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que había dormido vestida con los pantalones y el jersey. Se alisó el cabello semiinconscientemente y luego lo miró, enfadada.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? ¿Cómo has entrado?

La expresión de él se enfrió rápidamente.

—Buenos días a ti también, Annie. He entrado por la puerta, que te has dejado abierta.

—Bueno, eso no significa que puedas entrar como si tal cosa — insistió ella—. Nunca se ha permitido que los clientes estén aquí.

—Seguramente, los maridos tienen privilegios que no tienen los clientes. ¿Por qué no dejas el enfado para un momento en que no parezcas una gatita adormilada, Annie? Es curioso, no recordaba que fueras tan arisca por las mañanas.

—Eso demuestra que la memoria te falla tanto como a mí, ¿no?

Entonces, ella levantó la mano izquierda para señalarle la puerta y un destello llamó su atención.

—¿Qué… qué es esto?

—Tu anillo de boda —dijo él mientras se sacaba un papel del bolsillo—. Mi secretaría tenía que traerme algunos papeles para firmar, así que decidió venir en persona con ellos y con nuestro certificado de matrimonio. También le pedí que trajera tu anillo.

Mientras hablaba, desplegó el papel delante de ella.

Annie se quedó boquiabierta cuando lo miró, brillando a la luz de la mañana.

—Este diamante tiene al menos dos quilates. ¿Y eso? ¿Son zafiros?

Había tres a cada lado de la piedra central.

—Realmente el diamante tiene cuatro quilates. Eso es algo que no ha cambiado en ti. También antes pensabas que era demasiado ostentoso.

—Me alegro de saber que no perdí todos mis sentidos — murmuró ella, mientras iba a quitárselo. Pero Flynn le tomó la mano y se lo impidió.

—Sigue con él puesto un minuto. ¿Quién sabe? Tal vez hasta te llegue a gustar.

Luego, con la otra mano, levantó el certificado de matrimonio y se lo puso delante.

—¿Ves? Aquí está la prueba de que tienes derecho a llevar ese anillo.

Annie leyó el documento con cuidado. Allí estaba todo, incluso su propia firma, que no cabía duda que era auténtica.

Se quedó muy pálida y lo miró con ojos tormentosos.

—Entonces, es verdad —susurró—. Realmente estoy casada contigo, pero no recuerdo ni dónde lo hicimos ni cuándo.

—Y evidentemente, tampoco recuerdas por qué.

Annie apartó la mirada. En lo más profundo de su corazón, había sabido que él le estaba diciendo la verdad, pero no había sido capaz de admitirlo.

—Ahora… ahora supongo que tengo que decidir qué hacer al respecto.

Flynn se puso en pie de repente.

—Como te dije anoche ya sabemos lo que tú quieres hacer. Pero mis preguntas siguen sin respuesta.

—Llamaré inmediatamente a mi médico y veré cuándo te puede dar una cita. Él podrá responder a tus preguntas.

Entonces, Flynn la miró a la cara y dijo:

—Tal vez no a todas.

—Yo… tengo que ducharme y cambiarme de ropa. Estoy segura de que hay montones de cosas que hacer.

—Menos de las que te crees, Annie. James ya se ha recuperado y está en la cocina. Todo está yendo perfectamente.

—Muy bien. Así es como me gusta.

—Yo estaré en mi suite arreglando unos contratos con mi secretaria.

—Muy bien, tú puedes trabajar en lo tuyo un rato y así me dejarás hacer lo mío.

Más tarde, estaba en su despacho leyendo unos papeles cuando sonó el teléfono. Cuando contestó, le disgustó ver que era la voz de su tío Vermont.

Él no se molestó en preguntarle por su salud ni nada parecido, sino que fue directo al grano.

—Annie, necesito…

—Dinero —le interrumpió ella, sardónicamente y se preparó

para la discusión habitual—. Hola, Vermont, ¿qué hay de nuevo?

—No te pongas sarcástica conmigo, jovencita. Yo soy el dueño de la mitad de ese hotel y tengo derecho a compartir los beneficios.

—No veo por qué, dado que no compartes el trabajo.

Ni allí ni en ninguna otra parte. Su tío había intentado una buena cantidad de empleos, que había dejado en cuanto había reunido el dinero suficiente para la que era su verdadera profesión, el juego. Cuando se quedaba sin fondos, la llamaba a ella.

—No te olvides, querida sobrina, que mi padre me dejó más de la mitad del negocio.

Eso era cierto y era una espina clavada en el corazón de Annie. Esperando que Vermont asentara la cabeza y tomara interés en el hotel, el abuelo de Annie le había dejado la mayor parte del negocio. El viejo había sido un poco machista y no pensó que su hija, Christina, fuera a hacer un trabajo mejor llevando el hotel junto con su marido.

—Bueno, entonces —dijo ella por fin—. ¿Por qué no vienes y haces más de la mitad del trabajo? A mí me alegrará contar con tu ayuda.

—Iré y pronto, Annie. Tengo grandes planes para el hotel y te gusten o no, vas a tener que aceptarlos.

—Uh, uh, claro, Vermont. ¿Es algo parecido a la bolera que quisiste instalar el año pasado?

Aquello había sido ridículo y los dos lo habían sabido. Él no sabía nada de cómo llevar el hotel y no tenía la menor intención de hacerlo.

—Iré pronto, Annie y ya hablaremos. Ya es hora de que hagamos algunos cambios.

Luego colgó antes de que ella pudiera contestar y se quedó mirando al teléfono con expresión de disgusto. Poco sabía él que ella estaba ya en medio de un gran cambio en su vida. Mucho más grande que cualquier otro que se pudiera imaginar.

Capítulo 6

—Ahora los dos sabemos lo que necesitábamos saber —dijo Annie, tomando en sus manos una taza de café.

—Por lo menos sobre esta amnesia tuya —respondió Flynn—. Todavía sigue habiendo otras preguntas.

Mary ya se había recuperado de la gripe y había vuelto al trabajo, de modo que Annie y Flynn se habían quedado a pasar el día en Santa Bárbara y ahora estaban charlando en un restaurante después de la visita al médico de ella, aunque ninguno de los dos parecía tener mucha hambre.

—Ya sabes que probablemente, mi pérdida de memoria puede ser permanente.

—Eso es lo que él ha dicho. Indudable, permanente e irreparable. Ahora tenemos que ver cómo nos las vamos a arreglar con ella.

—¿Arreglárnosla con ella? Pues, evidentemente, siguiendo tú tu camino y yo el mío. Tenemos trabajos distintos, vidas distintas.

—Tenemos un certificado de matrimonio. —Ella no se lo iba a discutir ya lo había visto—. Annie, ¿es que no sientes nada de curiosidad por la razón por la que nos casamos después de conocernos sólo dos semanas?

Ella parpadeó y se ruborizó. Sí que sabía por qué se habían casado. Por atracción sexual.

—¿Annie?

—Por supuesto que la tengo. Te lo he preguntado.

—Me preguntaste por los hechos. Me pregunto si no sientes curiosidad por la atracción que hay entre nosotros.

—Ciertamente, creo que nos atraemos mucho, pero después de ver esa foto nuestra juntos, no dejo de preguntarme qué viste en mí de atractivo. Parecía como si estuviera asustada.

—Bueno, admito que eras mucho más tranquila entonces que ahora. Y también menos dada a las discusiones.

—Te refieres a que se me podía llevar fácilmente. ¿Qué tienes en mente, Flynn? ¿Que podamos empezar de nuevo? Pudiera ser que descubriéramos que no nos podemos soportar.

Flynn se encogió de hombros.

—Tal vez. Como tú dices, no eres la misma persona. Bueno, ni yo tampoco lo soy. Annie, me quedan cuatro días de vacaciones y no los voy a desperdiciar persiguiéndote por toda la isla suplicando tu atención. Estamos casados e incluso aunque llevemos dos años separados, ese matrimonio sigue siendo válido. No pretendo ir a por el divorcio y tampoco que tú lo pidas. Por lo menos, de momento.

—No puedes tomar esa decisión por mí.

—Tengo todo el derecho a hacerlo. Si me escuchas por un minuto sin interrumpirme, te lo explicaré.

—Muy bien, explícate.

—Tenemos que empezar de nuevo. Conocernos otra vez. Como ya has dicho varias veces, no eres la misma persona de antes. Bueno ya te he dicho que yo tampoco, he cambiado, pero hay algo en mí que no lo ha hecho. Sigo sin rendirme fácilmente.

—No bromees —dijo ella, suspirando.

—Antes había algo entre nosotros y niégalo si quieres, pero lo sigue habiendo.

—Yo no lo niego, pero no veo a donde nos puede llevar eso. Hay demasiadas diferencias entre nosotros y… ¿No crees que estamos tratando de construir sobre algo que puede no existir?

—¿Cómo lo vamos a saber con seguridad si no lo intentamos? No me parece que seas una cobarde.

—¡No lo soy!

—Entonces, ¿por qué no descubrimos a donde nos lleva esto? Estaremos juntos, haremos cosas juntos, hablaríamos como solíamos hacer. Después de todo, ¿qué daño puede hacernos? Sólo van a ser cuatro días.

Aquello parecía perfectamente razonable, algo que ambos podían querer. Era una forma de tener toda la información que

necesitaban para resolver la cuestión de su matrimonio, pero el pensamiento de cuatro días a solas con él la ponía nerviosa. Pero aún así, asintió.

—De acuerdo, Flynn. Lo haré.

—Creo que deberías tomarte unas vacaciones —le dijo James a Annie cuando entró en su despacho y se sentó delante de ella.

Annie sonrió.

—¿Crees que debería esconderme después de la bomba que he soltado en la reunión del personal esta mañana?

James sonrió también.

—No, pero cuando mi madre se recupere de la sorpresa, te va a dar unos azotes por no hablarle de Flynn tan pronto como él llegó. Incluso se ha enfadado conmigo por no contarle esto.

—Yo se lo habría contado si no se hubiera puesto enferma y cuando mejoró, las cosas ya iban demasiado deprisa.

—Animadas por una fuerza irresistible llamada Flynn Parker. Sospechó algo cuando os fuisteis juntos a Santa Bárbara ayer, pero creo que te perdonará alguna vez. De todas formas, está de acuerdo conmigo en que necesitas una vacaciones. Tienes que dedicar toda tu atención a la decisión que has de tomar sobre si sigues casada con él o no.

—Supongo que tienes razón —dijo ella lentamente—. Si crees que te las puedes arreglar con la recepción y…

—No te preocupes por nada —le dijo James, guiñándole un ojo —. Los marines han llegado.

Entonces, sonó el timbre de la mesa de recepción con tres timbrazos impacientes. Eran las trillizas.

James gimió e hizo girar los ojos en las órbitas.

—¿Ves? Voy a tener a esas tres comiéndome en la mano enseguida.

—Si antes no te la arrancan de un mordisco.

James se fue a ver qué querían y ella se quedó organizando facturas. No había ninguna razón para preocuparse por ellas… no las podía pagar todavía. Pero con unos cuantos clientes más que aparecieran lo podría hacer y los acreedores solían ser comprensivos y aceptaban pagos parciales.

Todos excepto su tío Vermont. Normalmente, él exigía dinero rápidamente y en grandes cantidades. No podía dejar de preguntarse cuál sería el gran plan que tenía ahora. Normalmente, sus planes siempre le costaban dinero al hotel y conducían a una buena discusión entre ellos. No le gustaba que su relación con su pariente más cercano fuera tan mala, pero no creía que fuera culpa suya.

Su mayor falta era no ser firme con él y no negarse definitivamente a darle más dinero.

Tal vez, la indecisión fuera un problema más grande para ella de lo que había pensando. James tenía razón. La decisión que tenía que tomar con Flynn necesitaba de toda su atención. Ya era hora para ella de tomar su parte en esa decisión, no limitarse a aceptar lo que él pudiera decidir. El pensamiento de seguir casada con él la llenaba de agitación, pero la idea de no hacerlo la entristecía y atemorizaba.

Entonces, cerró los cajones de su escritorio y salió de la oficina. Cuando pasó por recepción, las trillizas la saludaron y ella les devolvió el saludo, tratando de no reírse.

Las tres iban vestidas de la misma manera, pantalones cortos de lycra y camisetas color lima. Annie casi se asustó cuando vio que llevaban raquetas de tenis. Las competiciones entre ellas eran tan feroces que normalmente necesitaban primeros auxilios después.

—Annie, querida, acabamos de saber la noticia —dijo Mavis—. ¡Tú y el atractivo señor Parker estáis casados!

—No nos lo podíamos creer —añadieron sus hermanas—. ¡Enhorabuena! Te has conseguido un buen ejemplar de hombre.

—También baila muy bien —dijo Mildred con una mirada soñadora—. Eres una chica con suerte.

Annie no sabía cuál de los empleados estaba difundiendo la noticia, pero deseó que no lo hubiera hecho. Al parecer, esas tres pensaban que era algo reciente. Era una suerte ya que así no tendría que dar explicaciones extrañas.

—Gracias, creo que sí que tengo suerte —dijo ella y se sorprendió al ver que estaba diciendo la verdad.

—¿Cuándo te vas a mudar?

—¿Mudarme?

—A San Francisco, tonta, a la mansión familiar. Por supuesto, la

has visto y…

—No, no la he visto.

—Un noviazgo repentino. ¡Qué romántico!

—Bueno, nosotras sí la hemos visto —dijo Mildred—. Es preciosa. Casi tan grande como este hotel. Te encantará vivir allí.

—Pero, ¿qué vas a hacer con el hotel? ¿Se va a hacer cargo de él la cadena de los Parker?

—No, por supuesto que no —dijo Annie—. Éste es mi hotel y además, ¿qué podría hacer la cadena Parker con un sitio tan pequeño como éste?

—No lo sé, querida. Era sólo un pensamiento. ¿Cómo vais a llevar un matrimonio si tú estás aquí y él en San Francisco?

—Oh, bueno…

—Podríamos comprarlo nosotras —dijo Marvis, inspirada—. ¿Crees que podríamos poner un casino aquí? Es una propiedad privada, ya sabes. Podríamos declararla estado soberano, como han hecho esas tribus indias.

—Es una gran idea —exclamó Mabel y Mildred asintió.

Luego las tres se dirigieron a la puerta, discutiendo de su plan.

Annie miró a James, desesperada.

—Que no te entre el pánico —le dijo él, saliendo de detrás del mostrador—. Supongo que habrás pensado, que en algún momento te tendrías que enfrentar a algo así.

—Todavía no.

—Si vas a seguir casada con él, tendréis que vivir juntos. Si no, no tendrá mucho de matrimonio.

—Pero yo…

Casi dijo que ella lo amaba y que le sorprendía haber descubierto que era cierto. Lo amaba. ¿Cómo había sucedido eso en menos de una semana?

—¿Qué? Hey ¿estás bien?

—Sí… Estoy bien.

Luego Annie se dio la vuelta y casi se tropezó con sus propios pies.

—Te veré más tarde —dijo.

Corrió hacia el exterior, casi sin darse cuenta del buen día que

hacía ni de a dónde iba. Se quedó recibiendo la luz del sol por un momento, oyendo el ruido de las olas contra las rocas y los gritos de las gaviotas.

Amaba la isla y todo lo que tenía que ver con ella, pero no era una oleada de amor por su hogar lo que la llenaba en ese momento. Era el amor por Flynn. Lo que sentía era una ligereza de espíritu que no había experimentado desde hacía más de dos años y sabía que no tenía nada que ver con el buen día que hacía, sino con Flynn Parker y su amor por él.

Se sorprendió al descubrir que ansiaba verlo, ver a lo que los podía llevar una relación. Era todo un alivio darse permiso a sí misma para dejar de pelear y rendirse a una atracción que no podía negar por más tiempo. El asunto de dónde fueran a vivir ya podrían arreglarlo. No podía esperarse que todo fuera a su manera, tendrían que llegar a compromisos. El amor hace fáciles los compromisos.

Pensó que Flynn podría estar jugando al golf, así que fue al campo, pero el sonido de la risa de un niño la hizo dirigirse a la parte trasera de la casa.

Allí se encontró a Flynn sentado en el suelo con Luis, estaban jugando con una cometa que Carlos y Beatrice le habían comprado al niño en su último viaje a Santa Bárbara.

—¿Qué estáis haciendo? —les preguntó sonriendo.

—Íbamos a volar la cometa, pero el hilo está todo liado. Nunca podremos desenredarlo —dijo el niño.

—Sí, sí que podremos —dijo Flynn, peleándose con los nudos—. Pero la próxima vez que la dejes en el fondo de tu armario, deberías meterla en una caja para que tu gato no vuelva a organizar este lío. Piensa que vives en una isla y no vas a poder bajar a una tienda a comprar más.

—Eso es lo que me dijo mamá.

Flynn se rió y a Annie se le derritió el corazón todavía más.

—Dejad que os ayude —dijo.

Flynn la miró con curiosidad.

—¿Te has tomado el día libre?

—En realidad, me he tomado libres los próximos cuatro días. James me ha dicho que se podía ocupar de todo y tengo la costumbre de no discutir nunca con los marines.

Flynn sonrió encantado.

—No, sólo discutes conmigo. Ya sabía yo que tenía que haber pasado un tiempo en el ejército.

—¿Para qué? Tú ya sabes cómo comportarte como un sargento —dijo ella, antes de arrodillarse.

Tardaron casi una hora en desenredar la cuerda, pero por fin lo lograron entre los tres. Luego, Flynn la ajustó y ató el extremo libre a la cometa. Para entonces, Luis estaba de lo más excitado, dando saltos y exigiendo que la volaran inmediatamente.

—Bueno, vete a decirle a tu mamá que estarás con Annie y conmigo y que volveremos dentro de un rato.

—De acuerdo —gritó Luis y echó a correr hacia la puerta trasera del hotel.

Flynn miró a Annie y le preguntó:

—¿Cuál es el mejor sitio para volar esto?

—Cuando yo era pequeña, siempre volaba la mía en las rocas al final de…

De repente se acordó y se quedó sin palabras.

—¿Dónde?

Ella apartó la mirada.

—En el extremo oriental de la isla.

—Podemos ir a cualquier otra parte.

—Claro. Bueno, al otro lado del bosquecillo de pinos.

Flynn miró en esa dirección y dijo sin mirarla:

—Tienes que afrontarlo algún día, Annie.

—Ya lo sé.

—Y pronto.

—Ya lo sé —repitió ella y lo miró esperándose encontrarlo enfadado o algo así.

Pero él la tomó de la mano y la abrazó a continuación.

—Esto es lo que solíamos hacer cuando te llegaba la noticia de algún accidente de aviación. Rodéame con tus brazos, Annie, como solías hacer.

Entonces, ella le pasó los brazos por la cintura.

—No recuerdo hacer esto.

—Está bien. Puedes aprender a hacerlo otra vez. ¿No es eso lo que nos prometimos hacer hasta el fin de nuestros días?

—Sí, pero…

Flynn la abrazó más fuertemente entonces y ella se preguntó si

ése sería el Flynn Parker de verdad, un amante cariñoso y caballeroso. ¿Era esa una parte de él que sólo ella había visto? ¿Y qué clase de mujer había sido ella cuando lo descubrió? Sabía lo que le podía haber atraído de él en primer lugar. Su solidez, su seguridad. Pero, ¿qué le había atraído a él de ella?

—Flynn —susurró—, necesito saber cómo… cómo era yo antes.

—Esta noche, Annie —le dijo él al oído—. Ya hablaremos esta noche.

Entonces, le dio un beso en la mejilla y ella deseó que la besara más. Torció la cabeza, decidida a ocuparse ella misma del asunto, pero entonces una voz infantil llena de disgusto dijo detrás de ellos:

—Mi mamá y mi papá se pasan todo el tiempo haciendo eso.

—Y es por eso por lo que tú estás aquí —dijo Flynn, apartándose de ella y sonriendo al niño.

—¿Eh?

Annie se apartó también y se rió cuando vio la extrañada expresión del niño y dijo:

—Bueno, vamos a volar esa cometa, ¿no?

Era casi mediodía cuando volvieron al hotel. Luis se adelantó para contarles a sus padres lo alto que la habían volado y Flynn y Annie fueron más despacio, de la mano.

Entonces, oyeron el ruido de un avión a lo lejos.

—¿Qué ha sido eso? No me ha sonado como el avión de Gary y no esperamos más huéspedes hasta mañana.

—No lo sé, a no ser…

Entonces, el avión en cuestión apareció ante su vista. Era un pequeño reactor.

—¿Qué pasa? —le preguntó Annie, al darse cuenta de lo tenso que se había puesto él de repente.

—Es mío. Ese avión pertenece a la cadena de hoteles.

—¿Lo has pedido tú? —le preguntó ella, confundida—. Creía que te ibas a quedar.

—Y lo voy a hacer —respondió él, mirándola a los ojos—. Probablemente sean mi madre y mi hermana.

Capítulo 7

Flynn fue a buscar a su familia al avión y las llevó al hotel en el Jeep. Annie los esperó delante de la escalera de entrada.

Se había puesto una blusa y falda estampadas y esperó parecer madura y agradable.

Estaba de lo más nerviosa. Apenas se había hecho a la idea de tener un marido, así que mucho menos familia política. Flynn le había dicho que no se habían conocido anteriormente, así que ella sería tanta sorpresa para ellas como viceversa.

Flynn le había dicho que las había llamado esa mañana y les había explicado la situación y ella se preguntaba si serían tan escépticas ante su pérdida de memoria como lo había sido él al principio.

Annie oyó unos pasos detrás suyo y cuando se volvió vio que se le acercaban Mary y James. Les sonrió y esperó no parecer tan alterada como realmente estaba.

—¿Dándoos un descanso?

Mary se le acercó y le arregló el cuello de la blusa.

—No tengo que pasarme todo el tiempo en la cocina —le dijo—. De vez en cuando, salgo a la luz del día.

Annie se rió y se le pasó algo del nerviosismo.

—Querida —continuó Mary—. Me hubiera gustado que me lo contaras todo nada más llegar él. Ya sabía yo que pasaba algo.

—Ya lo sé. Lo siento, pero estaba completamente sorprendida. No sabía qué hacer.

—Estás casada. Ya sé que lo has explicado todo esta mañana, pero…

—Imagínate lo sorprendida que me quedé yo cuando lo supe.

—¿Vas a intentar que funcione?

—Yo… Eso creo. Pero me da miedo.

Mary la miró preocupada.

—Pero no te da tanto como la idea de apartarte de él, ¿no?

—Siempre he dicho que me conoces demasiado bien.

—Y ahora vas a conocer a su familia —añadió James.

—Sí. ¿Por qué habéis salido?

—Porque vas a conocer a su familia —le repitió James.

Las lágrimas inundaron los ojos de Annie. Por supuesto, ellos eran su familia, mucho más que lo que nunca había sido su tío Vermont.

—Gracias —susurró—. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba vuestro apoyo.

Cuando el Jeep apareció, se acercaron. El saber que no estaba sola ayudó a Annie a comportarse tranquilamente durante las presentaciones.

La madre de Flynn, Catherine, era pequeña y llevaba el cabello rubio peinado de tal manera que disimulaba sus serios ojos verdes, como los de Flynn. Brenna era alta, rubia y mostraba curiosidad por ella.

Annie se dio cuenta, a pesar de la educación de ambas, que no confiaban mucho en ella, así que agradeció cuando Flynn le pasó un brazo por la cintura. Cuando lo miró, se dio cuenta de que él estaba mirando retadoramente a su familia y pensó que por suerte, tenía también su apoyo.

Mary se ofreció a preparar unos refrescos y se dirigió a la cocina. James volvió a la mesa de recepción para contestar al teléfono y Flynn se las llevó a las tres a su habitación. Poco después, James los llamó y les dijo que la llamada era para Flynn.

—Esperaba esta llamada desde Houston. No tardaré nada —dijo mirando a su madre y hermana de una manera que era una clara advertencia, antes de abandonar la habitación.

Tan pronto como se hubo marchado, Catherine miró directamente a Annie.

—Sólo vamos a estar aquí esta tarde. Yo tengo una reunión de mi comité de caridad esta noche y Brenna tiene que volver a sus clases.

Annie las miró a las dos.

—Ya veo. Bueno, me alegro de que hayáis venido…

—Ésta no es exactamente una visita social —la interrumpió Brenna—. Nosotras queremos a Flynn y no queremos que le vuelvas a hacer daño.

Catherine trató de quitarle hierro a las palabras de su hija, pero Annie dijo:

—La primera vez no le hice daño deliberadamente.

—Lo que sea. El resultado fue el mismo. Vino aquí de vacaciones con el deseo expreso de tomar una decisión acerca de divorciarse de ti.

—Ya lo sé y ahora estáis preocupadas porque eso no va a suceder.

—A no ser que tú vuelvas a hacer lo mismo, entonces, espero que se divorcie y deje de mantener un sueño tan irracional.

El tono de voz de Brenna era agresivo, pero Annie no se ofendió porque se dio cuenta de que era porque estaba realmente preocupada por su hermano.

—Tal vez serviría de algo si os explico lo de mi amnesia. Ya sé que parece como de película, pero creedme, me resulta más fácil de comprender a mí que a vosotras.

—Lamentamos mucho el trauma que experimentaste con la muerte de tus padres —dijo Catherine—. Pero nunca antes habíamos oído un caso parecido.

—Y tememos que pueda volver a suceder —terminó la frase Brenna.

Annie agitó la cabeza.

—Eso no es probable. Ahora soy más fuerte y puedo afrontar las cosas. No tenéis nada que temer por él. Ya veis, lo amo y haré lo que pueda para no volver a hacerle daño.

Las dos mujeres vieron la sinceridad que se reflejaba en su rostro y luego se miraron la una a la otra. Por fin, Catherine asintió.

—Te creo. Me doy cuenta de que tú te viste tan afectada por encontrarte con Flynn como él por encontrarte y sé que los dos necesitáis tiempo para arreglar las cosas.

La expresión del rostro de Brenna se suavizó y sonrió levemente.

—No dejes que se imponga sobre ti y que tome todas las decisiones.

Annie levantó las manos.

—Ésa es otra cosa por la que no tenéis que preocuparos. Me he dado cuenta de ello muy deprisa.

Cuando Flynn terminó de hablar por teléfono y entró de nuevo en la habitación, se las encontró a las tres riendo. Annie lo miró y con un gesto de la mano, lo invitó a sentarse a su lado.

Flynn hizo eso y más ya que la abrazó. Y siguió así incluso cuando Mary apareció con los refrescos, así que Annie supo que ésa era su forma de declarar que los dos estaban juntos. Sólo podía esperar que aquello fuera permanente.

Esa tarde, Annie estaba tomando el fresco en la terraza delante de la puerta principal. Se había puesto su vestido favorito, uno que se había llevado de Seattle, pero que no recordaba haberse comprado, era de seda, color marfil y con un chaleco, también de seda, a juego. Incluso se había puesto el anillo de boda.

La mayoría de los huéspedes se habían marchado y los que quedaban, incluidas las trillizas, estaban viendo una película con los miembros del personal en el vídeo, así que tenía todo el hotel prácticamente para ella sola. Flynn había tenido que atender un asunto de negocios, pero le había dicho que estaría de vuelta esa misma tarde. Estaba perdida en sus pensamientos, tratando de que sus emociones y sentimientos se reposaran un poco, cuando oyó algo detrás suya.

—¿Qué haces ahí tan sola? —le preguntó Flynn. Estaba apoyado en el quicio de la puerta, mirándola fijamente.

Annie se dio la vuelta y él se apartó del quicio y se le acercó.

—Annie —dijo en voz muy baja—. ¿Por qué te has puesto ese vestido?

Ella se miró y luego a él. Flynn estaba a contraluz, así que no podía verle la expresión, pero parecía tenso. Entonces, extendió una mano y le tocó el jersey y a ella le pareció como si le temblaran los dedos.

—Es… mi favorito. Lo tengo…

—Desde hace más de dos años, por lo menos. Lo llevabas la noche en que nos conocimos y dos semanas más tarde, cuando nos casamos. No me dejaste comprarte uno nuevo. Dijiste que tenías

que hacerlo con uno tuyo. Puede que tú no recuerdes, pero está claro que tu subconsciente sí que lo hace, si no es así, ¿por qué te lo has puesto esta noche?

—Para estar guapa para ti —respondió sinceramente.

—Ya era hora de que empezáramos a hacer algún progreso en eso —dijo él, tomándola del brazo—. Ven. Vamos a mi habitación, donde podremos tener algo de intimidad. Desde que has anunciado a todo el mundo que estamos casados, me siento como una pantera en el zoológico. A pesar de lo bien que se ha portado con mi familia esta tarde, Mary saca el cuchillo más afilado que tiene cada vez que aparezco por la cocina.

Annie se rió y lo siguió.

—Exageras.

—No. Deberías ver esos cuchillos. Están lo suficientemente afilados como para operar a un armadillo.

Subieron juntos las escaleras y la excitación de Annie creció a cada paso. ¿Fue así como se enamoró de él la primera vez?

Una vez en su suite, él cerró la puerta rápidamente, como si temiera que ella fuera a cambiar de opinión, pero Annie no tenía la menor intención de hacerlo. Flynn se le acercó entonces y la abrazó por la cintura. Luego la besó lenta y apasionadamente.

Ese beso la hizo pensar en lo que podía significar un vaso de agua fresca para un sediento y le pasó los brazos por detrás del cuello, apretándose más todavía contra él.

—Annie —dijo él cuando se apartaron—. Te prometí algunas respuestas. Pero no las vas a tener si seguimos con esto.

De mala gana, ella se apartó y abrió los ojos. Él la estaba sonriendo, pero su respiración era tan agitada como la suya propia.

Entonces se sentó en uno de los sofás y dijo:

—Muy bien, cuéntame. Empieza por cuando nos conocimos en la inauguración del hotel Heritage. Habías ido para ver lo que ofrecía la competencia, ¿no?

—Hey, ellos me invitaron.

—Eso es como invitar a la zorra dentro del gallinero, pero sigue con lo que me ibas a contar.

Ella se hubiera esperado que Flynn se sentara a su lado, pero se dedicó a dar paseos por la habitación.

—Tú estabas en información, respondiendo preguntas y demás.

Me fijé que en ningún momento te irritaste, ni perdiste los modales, a pesar de la cantidad de gente que tenías que atender.

—¿Y te informé de algo a ti?

—Sí, me dijiste dónde estaba el servicio de caballeros.

Ella sonrió y Flynn añadió.

—Fue lo único que se me ocurrió en ese momento.

Annie no se lo pudo imaginar teniendo problemas para empezar una conversación.

—Sigue.

—Volví cuando la multitud se había aclarado un poco. Te llevé un refresco y algo de comer que había tomado del buffet reservado para los dueños del hotel y sus invitados.

—No tienes vergüenza.

—Tenía que hablar contigo, averiguar tu nombre, saber algo de ti.

—¿Qué querías saber?

—Si estabas casada o no. No me habría importado si estuvieras comprometida, ni si fuera la víspera de tu boda. Eso no habría evitado que te deseara.

—¿Por qué? Tengo que saber… me muero de ganas de saberlo desde el primer día, en esta misma habitación. ¿Qué encontraste atractivo en mí? En esa foto parecía de lo más triste y mortecina.

Entonces, Flynn se sentó a su lado y se la colocó en su regazo. Entonces sonrió cuando vio que llevaba puesto el anillo de boda y se lo llevó a los labios para besarlo.

—Vi a una mujer que era un oasis de calma en medio de esa caótica inauguración. Parecías tan tranquila en medio de toda esa multitud, como si nada te afectara.

Annie levantó una ceja y lo miró.

—Me viste como un reto, ¿no? ¿Uno que no pudiste resistir?

—Al principio —admitió él, sin ningún remordimiento—. Pero cuando te pedí que saliéramos juntos y tú me dijiste que sí, supe que estaba con alguien importante.

—¿Te diste cuenta de que te estaba ocultando algo? ¿De que estaba alterada emocionalmente?

—Sí —respondió él, lentamente—. Pero decidí que mientras no fueras una asesina loca con un hacha o bígama, no me importaba. Sabía que si tenía paciencia, me lo contarías todo.

—Tenías mucha fe en ti mismo.

Flynn agitó la cabeza.

—No. En lo que tenía fe era en lo que tú parecías sentir por mí. Nunca me hablaste mucho de ti misma y no me contaste nada de tu familia o procedencia, pero yo sabía que podía confiar en ti.

—¿Cómo lo sabías?

—Ya lo ves, Annie, no parecía que mi dinero te importara, lo mismo que las relaciones que pudiera tener mi familia ni nada parecido. No hablabas mucho, pero escuchabas.

A ella le temblaron los labios.

—¿Y te imaginaste que una mujer que te escuchaba era demasiado buena como para dejarla marchar?

—Algo así. Y además, eras tremendamente hermosa.

Annie le abarcó el rostro con manos temblorosas.

—Flynn… —empezó a decirle, pero le falló la voz. Ella también tenía una verdad que contarle, así que insistió—. Flynn, te amo. Debo haberte amado todo el tiempo. Mi cuerpo lo ha sabido desde que apareciste en la isla y ahora, mi mente lo sabe también.

—Annie…

—Flynn, no sé lo que va a pasar. No quiero vivir fuera de aquí, pero tu trabajo, tu familia…

—Podemos arreglarlo —le prometió él—. Podemos arreglarlo todo, ahora que te tengo de nuevo. Y ahora, deja que te ame. Tú eres mi esposa y he pasado tanto, tanto tiempo solitario.

Annie abrió los brazos y se rindió a él con su amor. Flynn la besó al tiempo que la abrazaba con todas sus fuerzas. Luego se levantó con ella en brazos y se la llevó al dormitorio.

La dejó en el suelo al lado de la cama y luego le quitó las horquillas del cabello, soltándoselo. Mientras lo hacía, no paraba de dirigirle alabanzas.

Cuando empezó a subirle el jersey ella lo miró, preocupada.

—Flynn yo… no sé cómo hacer esto —admitió—. Yo no…

—Shhh. Me has dicho que tu cuerpo me recuerda. Querida, deja que él se haga cargo.

Annie asintió y dejó a un lado sus preocupaciones. Tímidamente, pero luego cada vez menos, le desabrochó la camisa y le acarició el vello que cubría su pecho. Luego bajó las manos y las metió por la cintura del pantalón, haciéndolo gemir de placer.

Al cabo de pocos momentos, estaban piel contra piel. Annie supo que debía estar nerviosa, tímida, pero cuando él la hizo tumbarse en la cama, no sintió nada más que amor, excitación y orgullo.

Ése era su marido y lo que estaban haciendo estaba bien.

Annie se despertó sintiéndose mejor que nunca en su vida. Se desperezó y abrió los ojos antes de que le llegaran los recuerdos de la noche pasada.

Se tumbó de espaldas y sonrió sabiendo muy bien que debería sentirse avergonzada o algo parecido. Pero lo que sentía era felicidad y relax. Miró a su lado y frunció el ceño cuando se dio cuenta de que su marido no estaba allí. No es que tuviera mucha experiencia como esposa, pero desde ese mismo momento, supo que no le gustaba nada despertarse sola.

Entonces oyó la voz de Flynn afuera, con un tono de ira que nunca antes le había oído. Alarmada, se levantó y se puso una bata. Abrió la puerta que daba al salón y vio que le estaba dando la espalda. Llevaba sólo unos vaqueros, sin camisa ni zapatos. Y estaba hablando por teléfono. Annie sintió lástima por el que fuera con el que estuviera hablando.

—No, todavía no —decía—. No está preparada para eso. Va a haber que esperar. Hasta que yo crea que es el momento, que puede ser dentro de mucho. Mientras tanto, haz lo que te digo o no hay trato. Aunque de todas formas, puede que no lo haya.

Annie se quedó anonadada, incluso desde donde ella estaba podía oír la voz de la otra persona, aunque no sus palabras. Hacía los mismo ruidos al hablar que su tío Vermont.

Flynn puso la mano en el auricular, se volvió y la miró. Pareció sorprendido y con una expresión de culpabilidad en el rostro.

—Flynn, ¿pasa algo?

—No —respondió él rápidamente, pero luego su expresión se suavizó—. Ahora mismo estoy contigo.

Luego, manteniendo la mirada fija en ella, dijo al teléfono:

—Ya hablaremos más tarde. No, yo te llamaré a ti. Espera hasta entonces.

Luego colgó mientras el otro seguía protestando. El hombre pareció ser inmediatamente olvidado cuando Flynn se acercó a

Annie.

—Creía que ibas a dormir más.

Annie sonrió y no pudo evitar ruborizarse.

—Me desperté y tú no estabas.

Flynn la tomó en sus brazos y la besó, larga y lentamente. Suspirando feliz, ella le devolvió el abrazo y su corazón se llenó de amor, pero notó una tensión en él y su beso.

Ella le acarició una mejilla y lo miró preocupada.

—Flynn, ¿pasa algo? ¿Era alguien de tu oficina? ¿Negocios?

—Era cosa de negocios. Annie, tenemos que hablar.

—Todavía no —insistió ella, volviéndolo a besar.

Toda su seguridad de hacía unos minutos había volado. No quería recordar que él era el dueño de una gran cadena de hoteles. En ese momento y por lo menos durante los días siguientes, no podía soportar que nada se interpusiera entre ellos.

—¿No puede esperar? —le preguntó ella, sonriéndole lujuriosamente.

—Annie, es importante —dijo él decididamente, pero se le pasó enseguida cuando ella le metió las manos por la cintura del pantalón y se lo llevó de nuevo al dormitorio.

—Annie…

—¿Decías?

Flynn la tomó de las manos y se soltó. Luego se inclinó y la tomó en brazos. Annie le rodeó el cuello con los suyos hasta que él la dejó sobre la cama.

—¿No estás contento?

Él no respondió porque estaba demasiado ocupado quitándose los pantalones.

—¿Qué estás haciendo?

Annie asomó la cabeza por la puerta antes de entrar de nuevo en la habitación.

—Miraba a ver si hay moros en la costa.

Flynn sonrió.

—No estamos haciendo nada ilegal.

Ella se encogió de hombros y trató de arreglarse un poco.

—Bueno, no, nada ilegal, pero yo llevo la misma ropa de

anoche, no llevo nada de maquillaje encima y…

—Son las dos de la tarde.

Ella se aclaró la garganta.

—Uh, sí, eso además.

Flynn tomó su chaqueta y se acercó a ella.

—¿Y te da vergüenza?

Annie se encogió de hombros.

—Todo el mundo aquí me conoce demasiado bien. Son como mi familia, sobre todo desde… Bueno, nunca me han visto…

—¿Pasar la noche con un hombre?

—Eso es. Ni yo he…

—¿Traído uno a casa?

Ella levantó las manos con un gesto de impotencia.

—Eso es.

—Y yo me alegro mucho de que no lo hayas hecho, aunque no es que tuvieras muchas oportunidades de hacerlo, viviendo en esta isla —dijo Flynn, abriéndole la puerta.

—Yo amo esta isla —empezó a decir ella, pero se interrumpió cuando se dio cuenta de que no era el momento para esa clase de discusión.

—Ya lo sé, pero ahora lo único que los dos amaríamos sería una buena comida. ¿Por qué no voy a ver si encuentro algo de comer, eso es, si Mary no me está esperando con la escopeta cargada y tú mientras te vas a cambiar de ropa? Ponte unos vaqueros. El sol brilla, no hay nada de niebla y podemos ir a dar un paseo.

Antes de que Annie se diera cuenta, estaban en el piso de abajo. Él se fue a la cocina y se puso a hablar amablemente con Mary y ella se fue a buscar en el armario unos vaqueros y una camiseta.

Mientras se vestía, se peinaba y se maquillaba un poco, decidió que realmente iba a tener que hacer algo al respecto de la actitud de Flynn de tratar de hacerse cargo de todo. Poco a poco.

Parecía que él se inclinaba a tomar decisiones por los dos y a su manera. No le iba a dejar que lo hiciera todo el tiempo, pensó mientras se ponía el perfume que sabía que a él le gustaba más.

Capítulo 8

—¿Adónde vamos?

—Vamos a recorrer el perímetro de la isla. —Annie se quedó clavada en las escaleras—. ¿Qué te pasa? ¿Se te ha pegado un chicle a la suela?

—Muy gracioso? —respondió ella, acercándosele—. ¿Te das cuenta de que eso son trece kilómetros?

—Trece y medio, pero ¿qué importa? —dijo él, señalándole las cosas que se había colgado del cinturón—. Es por eso por lo que llevo agua y provisiones y te vas a volver a por un jersey. ¿Qué pasa? ¿No te gusta andar?

Annie agitó un dedo a menos de una pulgada de su nariz.

—Recuerdo que has dicho un paseo. Nada de una marcha.

Pensó horrorizada en lo que le podía pasar a sus mejores vaqueros y camiseta nueva. La había elegido porque esperaba que hiciera juego con sus ojos y no quería ensuciarla ni que se le manchara de sudor. En los últimos dos días, había descubierto un filón de vanidad en ella que nunca antes le había salido a la superficie.

—Me he pasado un poco —dijo él, sonriendo.

Ella puso los brazos en jarras y le contestó:

—Supongo que ahora me vas a decir que a mí me encantaban las marchas y que me levantaba todas las mañanas a las seis para correr por las calles de Seattle.

—¿Me creerías si lo hiciera?

—No. ¡No pude haber cambiado tanto!

—Entonces no me molestaré en mentir —dijo él, al tiempo que

la tomaba de la mano y empezaba a andar—. Vamos.

Annie lo siguió entonces. Al fin y al cabo, era divertido andar de la mano.

Bajaron hasta la playa y caminaron por la orilla. Ella agradeció empezar la marcha de esa forma tan fácil. Caminar por la arena húmeda y endurecida era un buen calentamiento para los músculos de las piernas. Y hacerlo de la mano de Flynn era un buen calentamiento para lo demás.

—He pensado que podíamos tomar algún atajo para no pasar por la parte este de la isla. ¿Hay alguno?

Annie lo miró agradecida. Así no tendría que pasar por esas horribles rocas ese día. Pudiera ser que él tuviera una confianza en sí mismo que podía llegar a ser insoportable, pero también tenía un lado sensible y eso añadía otra faceta a su amor por él.

—Sí, hay uno. —Lo habían utilizado los del equipo de rescate cuando recogieron a sus padres, pensó ella—. Pasa por todo el chaparral, pero es un sendero fácil.

Siguieron caminando y subieron a lo alto de los acantilados que dominaban la playa. Allí, Flynn la abrazó mientras observaban a los leones marinos tomando el sol en las rocas de la orilla.

Annie le habló de las ballenas que se veían por allí de noviembre a marzo, cuando migraban a aguas más cálidas y de las mariposas Monarca que aparecieron un año por allí, llevadas por una tormenta que las había arrastrado de su habitual ruta migratoria. Se habían pasado varios días en los árboles de la isla, adornándolos con sus colores.

En una parte de la rocosa costa, se habían formado como piscinas de piedra, que estaban llenas de anémonas de mar.

Mientras andaban y exploraban la costa, Annie convenció a Flynn para que le hablara de sí mismo. Supo de su relación con sus padres, que parecía ser cariñosa y cordial, sobre todo con su padre, pero no realmente cálida. Pero sí que se abrió de verdad cuando le habló de su hermana, Brenna y le contó orgullosamente sus éxitos en los estudios, su amor por los animales y su habilidad como pianista de jazz.

Esa descripción hizo que Annie se alegrara de haberla conocido y quiso conocer mejor a Catherine.

Media hora después de que hubieran dejado las pozas, llegaron a

la parte de la isla que era la favorita de Annie, una pequeña cala calentada por el sol y protegida del viento. Los empleados del hotel y los huéspedes solían llenarla durante el verano, pero ese día, con los pocos huéspedes que tenía hasta el fin de semana y el personal preparándose para la avalancha de gente que ya sabían que se les venía encima esos días, la cala estaba desierta.

O eso pensaba ella.

—Mira —dijo señalándole a él unas cosas que había en un rincón protegido—. Alguien se ha dejado una de las esterillas de playa del hotel allí.

Eso la irritó ya que sabía lo mucho que habían costado y no le gustaba nada tener que reponerlas sólo por falta de cuidado.

—Yo hice que Carlos la trajera hace un rato —respondió Flynn.

—¿Un picnic en la playa? Acabamos de comer.

Pero aún así, cedió fácilmente a la tentación y pronto estaban sentados en la esterilla y picando de lo que había en una cesta algunas de las golosinas especiales de Mary.

—¿Cómo lo has logrado? Mary sólo las hace en las ocasiones especiales.

—Entonces, ¿qué es esto?

—Supongo que sí lo es. Esta ocasión especial, ¿tiene un nombre?

Él sacó entonces una botella de vino de la cesta y sirvió dos copas.

—¿Reunión? ¿Un primer y segundo aniversarios retrasados? ¿Navidades no pasadas juntos? ¿Luna de miel?

—¿No tuvimos una luna de miel? —le preguntó ella, saboreando el vino.

¿Habían hecho eso anteriormente? ¿Habían tenido picnics sorpresa en la playa? No, a eso podía responder por sí misma. No en Seattle y en febrero.

—Cuando la sugerí fue cuando supe que tú no podías volar.

—¿Adónde querías ir?

—A San Francisco, a que conocieras a mi familia, luego a una cabaña propiedad de la cadena de hoteles. Es privada y desde allí se ve el Monte Tamalpis.

—Pero habríamos tardado días en coche.

—Sí. Y yo no pretendía pasarme la luna de miel detrás de un volante.

Annie se ruborizó y él sonrió.

—Es por eso por lo que no llegué a conocer a tu familia.

—Eso es. Yo no insistí. Me imaginé que ya habría tiempo de sobra.

—¿Sospechabas que yo tenía otros secretos? ¿Cómo toda una vida?

—Por supuesto, pero ya te dije que pensaba que con el tiempo, tal vez…

—Tal vez, ¿qué?

Flynn la miró fijamente.

—Pensé que te avergonzabas de tu familia, o que ellos se habían portado mal contigo.

Annie se sorprendió por esa idea.

—No. ¡Nunca! Ellos no eran sólo mis padres. Eran mis mejores amigos. Como me crié aquí, estábamos aislados. Tenía pocos compañeros de juegos, salvo James. Cuando él se marchó al colegio, me quedé sin ninguno, así que ellos jugaban conmigo. Supongo que podrías decir que estábamos inusualmente unidos, pero era muy bueno, reconfortante.

—Bueno, entonces, ¿no crees que ya es hora de que afrontes su muerte?

Eso se lo preguntó Flynn de una forma tranquila que hubiera debido producir una respuesta igual de tranquila en ella. Pero ese tema era algo que ella no podía tratar calmadamente.

—Ya lo hago —respondió Annie, dejando la copa. Pero los dedos temblorosos la traicionaron y se le derramó un poco de vino en la esterilla. Eso la hizo pensar en sangre. Se puso en pie y se apartó—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Sólo te he hecho una pregunta.

—Éste es un día muy bonito, algo raro en esta época de año. ¿Por qué estropearlo?

Él le puso un dedo en la barbilla y la hizo levantar la cara. Las lágrimas le corrían lentamente por las mejillas.

—Porque en realidad, todavía no lo has afrontado, no has asumido la pérdida.

—Lo hago todos los días.

—Pero nunca has vuelto ni al lugar del accidente ni a la pista de aterrizaje.

—¿Por qué iba a querer hacerlo?

—Para despedirte.

—¡Ya lo he hecho!

—Lo has evitado. No puedes tener un futuro… no podemos tener un futuro, hasta que no afrontes lo que pasó.

—Llevas días diciendo eso —dijo ella cansadamente.

—Entonces ya debes haberte imaginado que no lo voy a dejar.

—Flynn, hay algo que no te he dicho. En realidad, no se lo he dicho a nadie, porque… porque me duele mucho.

Flynn la tomó por los brazos y la miró con cariño.

—Dime.

—Cuando… cuando sucedió el accidente. Cuando… se estrelló el avión, mi madre no murió enseguida. Yo corrí hacia ellos porque era la única que había por allí. Podía oír detrás mía que Mary y los demás también habían oído el ruido y estaban llamado para pedir ayuda, pero yo tenía que ir.

Flynn se limitó a esperar cuando ella se detuvo un momento.

—Mi padre… estaba muerto. Lo supe inmediatamente, pero la puerta del lado del pasajero del avión estaba abierta y mi madre estaba allí sentada, cubierta de sangre. Me miró y sonrió, luego levantó la mano. Yo se la tomé y entonces, murió. Fue algo tan tranquilo…

—¿Es eso todo lo que recuerdas?

—Todo lo que recuerdo con claridad. El resto son sólo piezas sueltas, hasta que se desvanece totalmente.

—Hasta que te encuentras sola en Seattle.

—Sí.

Flynn la abrazó fuertemente hasta que se tranquilizó un poco. Luego le dijo:

—Vamos a la pista de aterrizaje. Podemos empezar por ahí, por caminar por ella.

Ella asintió, se sentía agotada, aunque en paz. Mientras caminaban se levantó del océano una niebla espesa que los envolvió poco a poco.

Cuando llegaron allí, Annie le dijo:

—Me parece más pequeña de lo que recordaba.

—O tal vez, es que sólo es más grande en tus recuerdos.

—Puede.

Annie se estremeció y sintió como si se le hubiera quitado un gran peso del corazón. Todavía tenía que ir a las rocas donde se estrelló la avioneta, pero no tenía que hacerlo ese mismo día. Miró a Flynn y le sonrió.

—Vámonos a casa, Flynn.

La mirada de él estuvo llena de orgullo y al parecer, amor. Pero luego, esa misma mirada se oscureció y le dijo:

—Annie, ahora hay algo que te tengo que decir yo.

Aunque a ella no le gustó nada el sombrío tono de su voz, asintió. Después de todo, ¿qué podía ser peor que el horror que acababa de afrontar?

Antes de que él pudiera decir nada, se oyó el ruido del motor de un avión, que se hizo cada vez más fuerte según se aproximaba.

A ella la recorrió un escalofrío, pero Flynn la abrazó fuertemente y los temblores cesaron.

—Debe ser el grupo que viene a la convención de este fin de semana —dijo él.

—No los esperamos hasta mañana.

Entonces vieron aparecer entre la niebla el avión de Gary Mendoza, que tomó tierra y corrió por la pista hasta detenerse.

Gary no apagó el motor, lo que le indicó a Annie que llevaba sólo a un pasajero, sin equipaje.

Cuando vio quién salía del avión, gimió desesperada.

—Tío Vermont —dijo ella.

Entonces oyó maldecir a Flynn. Miró a su marido sorprendida y se adelantó para darle la bienvenida al hombrecillo delgado y enjuto que salía del avión con una falsa sonrisa en el rostro.

Annie frunció el ceño. Su tío sonreía raras veces y sólo cuando la broma era a expensas de otro.

Sabía por qué estaba en la isla. No paraba de llamarla para decirle que necesitaba dinero. Y también estaba la gran sorpresa que le había mencionado.

Cuando llegó hasta él, la ignoró y Annie lo observó, sorprendida, mientras se acercaba a Flynn y le extendía la mano. El rostro de Flynn era tan acogedor como una tormenta tropical y lo estaba mirando como si tuviera puñales en los ojos.

—Hola, Parker —dijo Vermont amigablemente—. ¿Está ya listo para hacerme una oferta por este lugar?

Flynn no respondió, pero miró inmediatamente a Annie y extendió ambas manos, suplicándole con la mirada que se las tomara.

—Si escuchas esto, luego te lo podré explicar —le dijo.

Algo en su rostro hizo que ella se apartara y lo miró sorprendida.

—¿De qué… de qué me estás hablando, Flynn?

—Éste es el gran cambio que tenía en mente, Annie —dijo Vermont sin darse cuenta de la tensión que había entre su sobrina y Flynn—. Iba a esperar el momento oportuno para contártelo, pero éste es tan bueno como cualquier otro. Parker, aquí presente, está pensando comprar el hotel. Lleva pensándolo una temporada, pero yo le dije que todavía no podía ser. Pero creo que ya es el momento. Seguramente, él te dejará que te quedes como encargada, ¿no es así, Parker?

Annie miró a su tío y luego a su marido. ¿Por qué no decía nada Flynn? ¿Por qué no negaba la historia de Vermont? Lo miró a los ojos y su expresión no le indicó qué estaba pensando.

—No supe que estaba aquí hasta que me llamó esta mañana —siguió Vermont, hablándole a Flynn—. Si lo hubiera sabido, habría venido para enseñárselo personalmente. Annie lleva el hotel, por supuesto, pero yo soy el propietario de la mayoría de las acciones, como ya le dije, así que podemos hacer el trato cuando usted quiera.

Los ojos de Flynn se oscurecieron hasta que adquirieron el color del mar antes de una tormenta y sus labios se apretaron.

—Cállese ya, Davidson —dijo apenas mirando al otro, que se quedó completamente sorprendido.

Luego, Flynn dio un paso hacia Annie, pero ella retrocedió.

—¿Por qué? ¿Por qué no me lo has contado?

Vermont no pareció darse cuenta de que no estaba hablando con él. Tan obtuso como siempre, continuó:

—Porque tú te ibas a negar y eso nos hubiera llevado a una discusión. He sido muy considerado, ¿sabes? He esperado dos años después de la muerte de Christina y Jason antes de hablar con Parker acerca de venderle el hotel y dado que de todas formas, no

nos está dando mucho dinero, muy bien se lo podemos vender.

Luego se volvió a Flynn y añadió.

—Como ya le dije, puedo hacer esto sin el consentimiento de mi sobrina. Después de todo…

Flynn miró a Vermont de una forma que podía haber cortado el acero.

—Davidson, le he dicho que se calle.

A Vermont se le salieron los ojos de las órbitas y tragó saliva.

—Claro, claro, Parker. Lo que usted diga.

Olvidándose de él, Flynn le dijo a Annie:

—Tenemos que hablar.

—Es un poco tarde para eso, ¿no?

Vermont frunció el ceño y los miró a los dos, pero cuando fue a hablar, Flynn se lo impidió con otra mirada y extendió su mano hacia Annie.

—Deja que te lo explique.

Annie agitó la cabeza y empezó a temblar con todo su cuerpo, entonces oyó a Vermont decir:

—¿Por qué cree que le debe una explicación a ella?

—Porque es mi esposa, animal. Y ahora, márchese y déjenos a solas para que yo se lo pueda explicar.

La exclamación de sorpresa de Vermont y la voz de Flynn llamándola por su nombre la siguieron mientras echaba a correr y desaparecía entre la niebla.

Corrió hacia donde habían estado anteriormente y donde todavía estaban las cosas del picnic. Se detuvo allí y las miró. Parecían un recuerdo obsceno de la felicidad que había sentido sólo minutos antes. Se sentó en el suelo y se envolvió en la esterilla.

Estaba claro que Flynn le había hecho tantas preguntas sobre el hotel e incluso se había ofrecido a trabajar en la cocina cuando Mary se puso enferma, para ver a fondo las posibilidades del hotel. Ahora que lo pensaba, seguramente el hotel no alcanzaba el nivel exigido a los de su cadena y pretendía mejorarlo. Lo había sabido todo sobre sus problemas económicos desde el principio y estaba claro, que eso era gracias al bocazas de su tío Vermont, que no sólo no tenía ningún tipo de lealtad hacia la familia, sino que además,

no tenía ningún sentido de los negocios y era un verdadero imbécil. Annie lo soportaba sólo porque era el hermano de su madre.

Entonces, empezó a esfumarse la sensación de haber sido traicionada y la furia tomó su lugar. Flynn Parker tenía que responder a muchas cosas. Annie sabía que su sorpresa al verla había sido auténtica. Pero una vez que supo quién era ella, que se trataba de su esposa perdida, ¿por qué no le había hablado de sus negociaciones con Vermont?

Él era su marido y no había dejado de insistir en su amor y en que su matrimonio era real. Entonces, se le ocurrieron algunas cosas acerca de ese matrimonio. Acababa de responderse a su propia pregunta. Flynn no la quería a ella. Lo único que quería era el hotel y la isla, eso estaba completamente claro.

Aquello era horrible y ella no podía quedarse sentada allí ni un minuto más y dejarlos seguir con aquello.

Se puso en pie de un salto, recogió las cosas del picnic y corrió hacia el camino. Pero entonces, se dio cuenta de que la marea estaba subiendo y no podía pasar. La única posibilidad era subir por el acantilado, de unos diez metros de alto. O eso o pasar una noche fresca en la playa.

Dejó entonces las cosas fuera del alcance del agua y estudió el acantilado. Había una grieta que era factible que ya la había escalado antes, pero eso había sido hacía ya años y con su padre como compañero de escalada. Ahora sólo podía depender de ella misma.

Se subió las mangas del jersey y se frotó las manos para calentarlas. Tenía que irse acostumbrando a depender sólo de sí misma. Una vez que se enfrentara con esos dos y les dijera que el hotel no se iba a vender, sabía que iba a estar sola por un largo tiempo.

Capítulo 9

Annie estaba pensándose un paso clave que la sacaría de la cornisa donde estaba y del apuro. Estaba dándolo cuando oyó una voz arriba.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí? —le gritó Flynn.

Annie volvió a la cornisa, levantó la cabeza y vio que él estaba en la cima del acantilado.

—Estoy haciendo un picnic y no te he invitado.

—Te he estado buscando.

—Pues ya me has encontrado. Ahora, vete.

—No hasta que no salgas de ahí.

Era evidente que estaba furioso, pero a ella no le podía importar menos en ese momento, así que levantó la voz y le contestó grito por grito.

—Estoy tratando de hacerlo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has dormido tanto que la marea te ha atrapado?

—No estaba durmiendo.

—Espera ahí. Voy a por una cuerda.

—No necesito una cuerda y sobre todo, no necesito tu ayuda para nada.

—Bueno, pues la vas a tener, señora Parker —rugió él—. No te muevas.

Entonces desapareció, pero Annie no le hizo caso y siguió intentando dar el paso. Furiosa, se sentó en la cornisa. Media hora más tarde, la marea ya la había alcanzado y trataba de que no la cubriera.

Poco más tarde, oyó el ruido del Jeep. Flynn le tiró una cuerda y ella se la ató a la cintura. Estaba agotada y no tuvo más remedio que aceptar esa ayuda. Trató de subir por sus propios medios, pero no lo logró y poco después, sintió cómo tiraban de ella desde arriba. Llegó a la cima en menos de un minuto y vio a Flynn tirando de la cuerda.

Se desencordó y se la tiró. Sin molestarse en darle las gracias, tomó el sendero de vuelta al hotel.

Mientras caminaba, todo su cuerpo le pedía pelea y al parecer, Flynn estaba más que dispuesto a proporcionársela.

—¡Espera un momento! —le gritó él, al tiempo que dejaba la cuerda en el suelo y corría tras ella. La agarró por un brazo y la hizo mirarlo—. Eso ha sido una estupidez.

—No tanto como confiar en ti.

—No sabía que tu tío fuera a aparecer hoy.

—Bueno, pues yo no sabía que tú estabas pensando en comprar mi negocio, mi hogar, sin que yo supiera nada.

—Admito que vine aquí a pasar mis vacaciones porque estaba interesado en comprar el hotel. Nuestra cadena tiene intención de hacerse con algunos pequeños. Pero ahora vas a oír todo lo que te tengo que contar y te lo vas a pensar.

—Bueno, habla entonces —dijo ella tratando de parecer indiferente, pero sin lograrlo ya que se sentía profundamente herida.

—Vermont se puso en contacto con mi oficina hace varias semanas, diciéndonos que había un hotel en venta. Le había llegado el rumor de que estábamos buscando esta clase de propiedades y yo estuve de acuerdo en echarle un vistazo al lugar y que ya le diría lo que pensaba. Él me contó que su sobrina, Anne, era la que llevaba el hotel y que se opondría a la venta, pero que él era el propietario. Yo no le dije con exactitud cuándo vendría aquí porque sabía que trataría de convencerme por cualquier medio. Y cuando llegué, no tenía ni idea de que mi esposa perdida era la sobrina de la que me había hablado.

—Pero cuando lo descubriste, ¿por qué no me lo contaste? —le preguntó ella y luego levantó las manos antes de añadir:— No importa. Ya me he imaginado la respuesta a esa pregunta. Había oído que eras un hombre implacable, pero esto es demasiado,

incluso para ti.

—¿De qué me estás hablando?

—Te estoy hablando de la forma en que me has utilizado. No me querías a mí, lo que querías era el hotel. Lo de decirme que afrontara el pasado, que podíamos arreglárnoslas con el pasado y el futuro, todo eso eran mentiras.

—Yo nunca te he mentido y nunca lo haré. Puedes creerte todo lo que te he dicho. Y también esto.

Entonces, él le cubrió la boca con la suya, besándola hasta que ella se quedó sin respiración. Luego se apartó y apoyó la frente contra la de ella.

—¿Te parece esto como si no te quisiera? —Luego apretó contra ella el vientre y añadió:— ¿O esto? Escúchame, Annie. Yo puedo comprar cualquier hotel de la costa oeste. No tengo que poseer éste. Piensa en eso.

Entonces la soltó y ella casi se cayó. Se frotó la boca con el dorso de la mano, como tratando de borrar su sabor, pero fue inútil.

—Todavía sigo sin comprender por qué no me lo dijiste.

Flynn suspiró.

—Porque una vez que vi lo mucho que tú querías este sitio, decidí actuar despacio.

—Ahora que sabes que nunca estaré de acuerdo en venderlo, ¿por que no te limitas a marcharte de la isla?

—¿Por qué sigues empeñada en seguir peleando conmigo?

—¿Es qué no me has oído? Ésta es mi isla, mi negocio, mi hogar. Todo lo que es importante está aquí.

—¿Todo, Annie?

—Sí.

¿Por qué se sintió como una mentirosa cuando dijo eso? Se negaba a admitir que él era importante también. Le dolía demasiado. Flynn se acercó de nuevo y le dijo en voz baja:

—Me has dicho que me amabas, Annie.

—No es la primera tontería que digo en mi vida.

—No fue una tontería.

—No me volverás a oír decirla. Lo siguiente que me oirás decir es que quiero el divorcio.

—De eso nada —dijo él, abrazándola—. Mira, este hotel necesita reparaciones y mejoras que tú no te puedes permitir sin un inversor.

—Eso ya lo has dicho antes, pero no pensé que te estuvieras refiriendo a ti.

—¿Por qué no me escuchas?

—Bueno, continúa.

—Si yo no compro el hotel, o por lo menos invierto en él, tu querido tío se lo venderá a cualquier otro.

Annie lo miró, horrorizada. No había pensado en eso.

—Es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer, ¿no es así?

Annie no pudo responder y Flynn le puso las manos en los hombros y la hizo dirigirse al Jeep.

—Vamos, entra. Te llevaré al hotel. Luego podrás descansar un poco, ducharte y luego te recogeré para la cena. Hablaremos juntos con tu tío.

—No, gracias. Volveré andando y seré yo la que hable con Vermont. Es mi tío.

—Y yo tu marido.

Annie se derrumbó. No podía seguir luchando.

—Tengo que hacer esto por mí misma, Flynn.

—No, no tienes que hacerlo. Ahora tienes un socio, lo quieras o no. No tienes que hacerlo todo tú misma.

Ella no contestó y se dio la vuelta. Ya había recorrido unos metros por el sendero cuando algo la hizo mirar atrás.

Flynn había vuelto a por la cuerda y estaba enrollándola. La estaba mirando pensativamente y su expresión era tan oscura como la suya propia.

—¿Qué está haciendo él aquí? —Annie no tuvo ni que mirar para darse cuenta de a quién se estaba refiriendo James. Sólo usaba ese tono de voz cuando aparecía su tío—. ¿Necesita dinero?

Annie asintió.

—Claro.

—Ya me lo imaginaba. Ésa es la única razón por la que viene aquí. No irás a dárselo, ¿verdad?

—Jamás en la vida.

—Muy bien. De todas formas, no creo que Flynn te dejara hacerlo.

—Esto no tiene nada que ver con él. —Cuando James la miró, sorprendido, ella añadió:— Lo siento, estoy un poco alterada.

—Te guste o no, Annie, ahora todo en tu vida tiene que ver con Flynn Parker.

Eso estaba quedando más que claro, pero ella no estaba dispuesta a decirlo en voz alta.

—No esperaba que Vermont viniera. No me gusta tenerlo por aquí.

Vermont se había sentado solo en una mesa. Parecía fuera de lugar allí, un hombre solitario e infeliz bebiéndose una botella de su mejor vino blanco. Al otro lado del salón, las trillizas charlaban y reían en contraste con ese hombre.

Annie lo miró y pensó que iba a tener que hablar con él y quería hacerlo antes de que Flynn apareciera.

Cuando se sentó delante de él, apenas levantó la mirada.

—Vermont —empezó—. Ya sé que nunca nos hemos llevado bien, sobre todo, después de la muerte de mis padres.

Él la miró inexpresivamente.

—Yo no te gusto y yo creo que tú eres una tonta.

Aquello era una pelea, pero ella trató de ignorarlo.

—No creo que comprendas nuestra situación financiera.

—Estás perdiendo dinero.

—Al contrario que tú, esto no sólo es por mi culpa —le contestó ella con una voz helada—. Hemos tenido un mal invierno, pero las cosas se están arreglando. Legalmente, tú tienes derecho a compartir los beneficios del hotel, pero nunca me has dado la posibilidad de hacer que las cosas funcionen.

—Has tenido dos años.

—Dos años de aprendizaje. Ahora estoy empezando a encontrar el buen camino, a aprender todo lo que necesito saber.

—¿Para qué molestarte? No tienes que saber. Te has conseguido un marido rico que te compre el hotel. Él puede tirar todo el dinero que quiera.

—Esto no tiene nada que ver con Flynn. ¿Es qué no lo ves? Estás tratando de vender el hogar de nuestra familia.

—Algo que siempre he odiado.

Eso no había forma de negarlo ya que él lo había demostrado con creces a lo largo de su vida, pero Annie logró contenerse y

seguir con tranquilidad.

—Háblame de tu matrimonio con Parker —dijo él—. ¿Cómo es que yo no sabía nada? ¿Cómo es qué ni siquiera me invitaste a la boda?

Sorprendida, Annie se acomodó en la silla y como no dijo nada, Vermont continuó.

—¿Cómo es que él tampoco me dijo nada al respecto cuando empezamos las negociaciones? ¿Es que lo estaba haciendo a tus espaldas?

Annie siguió sin decirle nada. No podía contestarle porque no tenía respuestas para sí misma. Entonces, pensó que por qué Flynn no la habría ido a recoger para la cena, como le había dicho. Aunque seguía decepcionada con él, había estado pensando en lo que le había dicho. Vermont estaba decidido a vender, así que de cualquier manera, ella iba a perder el hotel, su herencia. Por lo menos, si la compraba Flynn, podrían llegar a algún acuerdo para que ella se hiciera cargo del hotel. Pero por encima de todas sus preocupaciones sobre el hotel, tenía que organizar sus sentimientos hacia Flynn. Lo amaba. Lo había admitido a sí misma y a él. Tenía que hablar con él, sacarlo todo a la luz.

Se levantó y corrió a la cocina. Rápidamente preparó una bandeja con comida para él y se la llevó a su habitación. Llamó a la puerta y cuando él respondió, entró.

La habitación estaba a oscuras y la única luz provenía del fuego de la chimenea. Flynn estaba tirado en un sillón, con una pierna sobre uno de los brazos y la otra en el suelo. No pareció darse cuenta de cuando ella entró.

Annie dejó la bandeja en la mesa y le dijo:

—Te he traído algo de comer.

Flynn levantó la cabeza y la miró con los párpados entornados.

—Eso no es algo que haga una mujer dispuesta al divorcio, Annie. Me estás mandando mensajes confusos.

—Yo… Me he dado cuenta de que no has bajado a cenar.

—Oh, sí. Y estabas preocupada porque te prometí que hablaríamos —dijo él, poniéndose en pie. Luego tomó un muslo de pollo y empezó a comérselo—. ¿Has hablado con Vermont?

—Lo he intentado, pero no por mucho tiempo.
—¿Tenéis problemas de comunicación?
—El único lenguaje que entiende es el del dinero.
—Yo tengo dinero.
—Lo sé. Es por eso a lo que viene todo esto, ¿no?
—¿Estás lista para escucharme ahora? ¿Para ser racional?
Ella suspiró, resignada, asintió y se sentó en una silla. Flynn encendió entonces una luz y cuando lo miró, Annie se dio cuenta de que parecía tan tenso como ella.
—¿Qué es lo que más temes de toda esta situación, Annie?
—Perder…
Para su sorpresa, casi dijo que a él. Levantó la mirada y se encontró con la suya. Eso era con mucho, lo que más temía, pero no lo había sabido hasta ese momento.
—¿El hotel? ¿Cómo podría suceder eso? —le preguntó él, malinterpretándola—. Las leyes de California son claras y la mitad del negocio es tuyo y la otra mitad lo sería también si yo le comprara su parte a Vermont.
—No había pensado en eso.
—Eso es porque estás reaccionando con el corazón en vez de con tu sentido de los negocios. No tendrías que dejar la isla.
—No.
—¿Es qué tienes miedo de no volver si alguna vez te marchas?
—No, claro que no. No seas ridículo.
Flynn dejó el muslo de pollo en el plato y se puso delante de ella.
—Tienes miedo de marcharte.
—¿Y qué?
Lo temía casi tanto como perderlo a él, pero lo cierto era que Flynn no había sido sincero con ella.
—¿Temes marcharte de aquí o afrontar tus responsabilidades?
—Yo siempre afronto mis responsabilidades.
—¿De verdad? ¿Qué pasa con tu matrimonio?
Ahí la tenía atrapada y los dos lo sabían. Estaba claro que ella se podía marchar de su lado y ya lo había demostrado.
—¿Cómo me sugieres que las afronte?
—Te sugiero que dejes el hotel al cuidado de James por una temporada y te vengas conmigo a San Francisco. Tengo que llevar

un negocio y a pesar de lo que creas, te vendrá bien salir de aquí una temporada.

Annie lo miró fijamente.

—Yo… Yo no puedo dejar la isla ahora, con ese gran grupo que va a venir. Me necesitarán.

Flynn apretó la mandíbula.

—¿Y no importa nada si yo te necesito también? Mira, gracias por la cena, pero no has debido molestarte. Es algo demasiado parecido a lo que haría una esposa. No te pega mucho.

—Un momento —exclamó ella—. Yo no soy la que llegó aquí con una agenda secreta. Te he dicho todo lo que podía recordar y…

—Olvídalo, Annie. ¿Por qué no te vas a ver si alguien o algo más en esta isla que necesita tu atención? Diría que ya me has dado toda la que puedes darme por hoy.

Annie, enfadada, se puso en pie y se dirigió a la puerta. Luego lo miró por encima del hombro y un conglomerado de emociones le llenó el corazón.

La expresión de él era de dolor.

Annie se dijo entonces a sí misma que era él quien había hecho mal, así que, ¿por qué se sentía culpable?

—¿Annie?

—¿Sí?

—Voy a ver a tu tío mañana a las diez. Dado que esto tiene que ver con el hotel, puede que quieres asistir a la reunión.

Annie frunció el ceño.

—Acabo de hablar con él. No me ha dicho nada.

Flynn levantó una ceja.

—Todavía no lo sabe. No te preocupes, por una vez en su vida, será responsable e irá. Después de todo yo soy el dueño del dinero y querrá saber lo que tengo que decir.

—¿Y lo vas a hacer? ¿Vas a comprarle su parte?

Flynn se cruzó de brazos.

—En este negocio he aprendido una cosa, Annie y es no contarle a nadie lo que vas a hacer hasta que no lo hayas hecho.

—¿Incluso a tu esposa?

Flynn empezó a acercársele.

—Me parece que hemos trazado un círculo completo con esta conversación. Los derechos de una esposa o de un marido, incluyen

las responsabilidades. ¿Me estás diciendo que estás lista para afrontar esas también? —Annie no tenía respuesta para eso y él lo sabía—. Como se solía decir en las viejas series de televisión, no se pierdan el próximo episodio.

—Lo haré —dijo ella al tiempo que abría la puerta y luego salía de allí—. Lo haré.

Capítulo 10

Cuando Annie llegó a la parte baja de las escaleras, se detuvo un momento y pensó. Si tuviera el dinero, podría hacer todas las reparaciones necesarias en el hotel sin problemas. Había docenas de cosas que podría hacer si lo tuviera.

Si Flynn le compraba su parte a Vermont, ella tendría todo lo que necesitaba… dinero no sólo para reparaciones, sino para cosas más mundanas, como pagar facturas y demás. Ya sabía que el dinero no lo era todo, pero tenía que pensar en el personal del hotel.

Si él invertía en el hotel, ella podría dejar de preocuparse y disfrutaría siendo una especie de ama de llaves o encargada. Pero, ¿y una esposa? Le parecía evidente que conservar el hotel no tenía que significar que tendría que vivir con Flynn. Y vivir con él en San Francisco significaba que no estaría en la isla para llevar el hotel.

De todas formas, no podía dejar de sentirse traicionada por él, todavía.

Pero, a pesar de todo, lo amaba, aunque su matrimonio fuera demasiado débil como para resistir la presión de la desconfianza entre ellos. Él quería invertir en el hotel y ella necesitaba desesperadamente que alguien la respaldara económicamente, pero meter dinero en el problema, no lo resolvería.

Si lo demás se podía arreglar, quería que él supiera que lo amaba por sí mismo. Pero había otra cara en esa moneda. Ella quería también ser amada por sí misma, no porque fuera la dueña de algo que a él le interesaba o por haber desaparecido y luego que él la hubiera encontrado. Seguía sin saber si él quería seguir casado

con ella por la que había sido o por la que era ahora.

Pensó entonces que el personal del hotel se podría hacer cargo del mismo sin problemas si ella se iba a pasar una temporada a San Francisco.

A la mañana siguiente, Annie ayudó a Mary en la cocina y a Beatrice a preparar las habitaciones para los huéspedes que estaban esperando. En un momento dado de la mañana, cuando se iba a reunir con Flynn y su tío, se encontró con las trillizas, que se iban a jugar al golf.

Mavis le puso una mano sobre el brazo y se lo apretó cariñosamente.

—He de decirte que éstas han sido las vacaciones más excitantes que he tenido aquí desde hace años.

Annie le sonrió.

—Me alegro de que se lo hayan pasado bien.

—Sí, tener a Flynn Parker aquí ha sido algo encantador.

—¿Qué tiene que ver Flynn con…?

—Pero estoy enfadada contigo por no decirme que iba a venir su madre —la interrumpió Mildred—. Me hubiera encantado charlar un rato con ella.

—¡Oh, vamos, Millie! —intervino Mabel—. Probablemente ella ni te conozca.

—Me conoce. Somos muy buenas amigas.

Las tres hermanas siguieron discutiendo mientras Annie las observaba. Luego volvieron a acordarse de su presencia y Mavis le dijo:

—Querida, Flynn no sólo es un buen bailarín. Es un hombre de lo más atractivo y tienes mucha suerte de tenerlo. También está la forma en que hace que las cosas pasen por aquí. Tú pareces más viva ahora que durante estos últimos dos años.

A Annie le tembló la sonrisa. Lo cierto era que sí que se sentía más viva.

—Sí, ese hombre puede hacer que cualquier mujer se sienta así. ¿Cuándo te vas a mudar?

Annie la miró sorprendida.

—No lo sé —dijo Annie—. Tengo que llevar el hotel y éste siempre ha sido mi hogar.

Mavis arrugó la nariz.

—Sí, querida, éste es un sitio encantador, pero es sólo un edificio.

Entonces miró el reloj y exclamó:

—¡Cielos, tengo que empezar ya la partida! Adiós.

Annie la vio alejarse y continuó hacia la habitación de Flynn. Llamó y entonces vio a Vermont acercarse por el pasillo.

Tenía un aspecto horrible. Los ojos inyectados en sangre y la cara abotargada. El traje totalmente arrugado y en general, parecía como si se hubiera pasado bebiendo toda la noche anterior.

—Tienes un aspecto de lo más fresco esta mañana —le dijo su tío—. Seguramente te has levantado con las gallinas para trabajar. Bueno, no vas a tener que preocuparte por más tiempo de eso, ¿verdad? Tu marido se puede permitir meter dinero en este sitio si quiere. Yo me alegraré de dejar de tener algo que ver con él.

—Vermont, tú nunca has tenido nada que ver aquí.

—Puede que no, pero ya es hora de que tenga mi dinero limpio. No sabes lo que es tener que andar siempre pidiendo lo que es mío y…

Entonces la puerta se abrió.

Flynn miró a Vermont. Él era un hombre formidable en cualquier momento, pero con su rostro reflejando el disgusto que sentía ante Vermont, daba hasta miedo. Ese efecto fue notado también por Vermont, que se puso pálido.

—Davidson, si quiere hablar de negocios, ¿por qué no entra y lo hacemos? Si no, deje de sentir lástima por sí mismo y no intente intimidar a Annie. Ella no lo soportará, ni yo tampoco.

Annie abrió mucho los ojos y lo miró sorprendida. De repente, se había dado cuenta de que Flynn estaba de su lado. A pesar de los obstáculos que los separaban, estaba de su lado.

Ya no estaba sola. Ya no iba a tener que llevar el hotel, su vida, o cualquier otra cosa por sí misma. No tendría que preocuparse de las facturas ni las reparaciones. Tenía un socio que la ayudaría.

¿Sería posible que el mayor obstáculo entre ellos fuera su propia terquedad?

Como no siguiera al interior de la habitación a su tío, Flynn le preguntó.

—¿Annie? ¿Te pasa algo? ¿Ha dicho algo que te molestara?

—No —dijo ella en voz tan baja que tuvo que repetirlo—. No.

Flynn la miró, preocupado, pero se apartó para que pudieran entrar.

Una vez dentro, él tomó unos papeles y les indicó a Vermont y a ella que se sentaran delante del escritorio, luego él lo hizo frente a ellos, pero Annie se levantó y se instaló a su lado. El mensaje era inconfundible, estaban juntos en eso, para lo bueno y para lo malo.

Flynn la miró, sorprendió y sonrió. Pero cuando miró a Vermont el tono de su voz fue de lo más frío.

—Davidson, he decidido que le compraré su parte del hotel.

Vermont sonrió triunfantemente y miró a Annie como indicándole que ya se lo había dicho.

—¿Cuánto? —preguntó ansiosamente.

Flynn asintió. Al parecer, esa reacción era la que se había esperado. Dijo una cifra que logró que a Vermont le brillaran los ojos y que hizo que Annie se quedara boquiabierta. Aquello era mucho más de lo que valía todo el hotel.

—Flynn —fue a protestar—, eso es demasiado…

Pero él la miró de una forma que la interrumpió.

—Como parte del acuerdo de venta, va a tener que prometerme que nunca más volverá a molestar a Annie por dinero.

Vermont se puso en pie de repente y escupió una protesta.

—¡Un momento! Puede que necesite más después.

Flynn se cruzó de brazos y lo miró de una manera que hizo que el hombre se sentara.

—Si no hay promesa, no hay venta. O lo toma o lo deja.

Vermont lo miró por un momento y luego a Annie. Volvió a mirar a Flynn y asintió levemente antes de extender la mano.

—Acepto. Me alegraré de librarme de este sitio.

Flynn aceptó la mano, pero brevemente.

—Ya tendrá noticias de mi abogado. Quiero terminar con esto cuanto antes.

—Muy bien. Eso es lo que yo quiero también —dijo Vermont y luego se dirigió a Annie—. ¿Puedes hacer que alguien me lleve a Santa Bárbara en el barco? Tengo cosas que hacer.

—Claro, Vermont, me ocuparé de ello.

—Yo lo haré —intervino Flynn y tomando el teléfono, lo arregló todo inmediatamente.

—Muy bien. Perfecto —dijo Vermont, frotándose las manos en

anticipación y luego se dirigió a la puerta.

Annie lo siguió.

Extendió la mano, pero luego la dejó caer de nuevo, mientras pensaba en una forma adecuada de despedirse de él.

—Vermont ya sé que te quieres librar de este sitio, pero siempre será tu casa. Serás bienvenido siempre que quieras venir a visitarnos y te atengas a tu promesa.

Vermont abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Sí, tal vez lo haga. Pero no vas a tener que preocuparte más porque te pida dinero. Tengo de sobra ahora, suficiente para el resto de mi vida.

Luego abrió la puerta y salió de allí.

Cuando la puerta se hubo cerrado de nuevo, Annie se encogió de hombros. Ya estaba hecho. Ahora sólo tenía que tratar con Flynn.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se volvió hacia él.

—¿Por qué le has dado tanto dinero? Es más de lo que vale todo el hotel.

Flynn levantó una ceja.

—Para que te deje en paz. Perdón, para que nos deje en paz.

—¿Te das cuenta de que es muy capaz de gastárselo en un año?

—Si llega.

Annie lo miró, extrañada y se le acercó.

—Y luego, ¿qué?

—Probablemente venga a visitarnos y a pedirnos más.

—¿Y entonces?

Flynn sonrió.

—Bueno, entonces le daremos un trabajo y haremos que se lo gane, pero nunca más tendrá forma de exigirte nada a ti ni a este hotel.

—Yo… sé que es lo mejor. Pero él es el único pariente que me queda vivo y…

—Ya has sido responsable por él demasiado tiempo. Es un adulto y tendrá que arreglárselas por sí mismo. Además, puede que sea tu único pariente, pero no tu única familia. Están Mary y James, mamá y Brenna. Y también me tienes a mí, Annie.

Su voz se había hecho baja y solemne. En su seria mirada, ella vio dolor.

Los labios le temblaron cuando le contestó.

—Lo sé.

—Annie, tienes que creerme. No traté de engañarte. No te hablé del interés que tenía por este hotel porque ya había bastante tensión entre nosotros y no quería agitar más las aguas.

—Ya lo sé —le dijo ella, mirándolo a la cara—. Estabas tratando de hacer lo mejor para mí. Para los dos.

Entonces, Flynn la tomó de la mano y los dedos le temblaron a ella.

—Sí, así era. Me alegro de que lo comprendas.

Annie sonrió entonces con los labios temblorosos.

—También comprendo otra cosa. Sospecho que intentas darme la parte de Vermont en el hotel y que sea sólo mío.

—Bueno, sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Cuando una mujer lleva casada tanto tiempo como yo, llega a conocer muy bien a su esposo. Aunque sólo pueda recordar una semana de ese matrimonio. Ayer estaba enfadada y molesta, reaccioné egoístamente y lo siento.

—No —dijo él, abrazándola—. Yo soy el que lo siente. Tendría que habértelo contado todo desde el principio. Brenna me dijo que estaba demasiado seguro de mí mismo y convencido de lo que era lo mejor para todo el mundo.

—Y es cierto.

—Annie, tengo miedo de no poder cambiar.

—Y no quiero que lo hagas. Es por eso por lo que te amo. Me has hecho afrontar lo peor que me ha pasado en mi vida.

Annie le pasó entonces los brazos por el cuello y le hizo bajar la cabeza.

—Y tengo que agradecértelo.

Sus labios entraron en contacto y Annie sintió como el amor le recorría el cuerpo. Lo amaba y se prometió a sí misma que pasaría el resto de su vida mostrándole lo mucho que lo amaba.

Cuando se apartaron, la voz de él mostraba su ansia.

—Annie, quédate conmigo. No dejes que esto o cualquier otra cosa se entrometa entre nosotros. Te amo. Casi me morí cuando me dejaste. No podría volverlo a soportar.

—Yo… yo no lo sabía.

—¿Qué no lo sabías? ¿Estás de broma? Durante dos años llevé conmigo tu foto. Llevo siempre la navaja que me regalaste. Corría detrás de cada mujer que veía con un cabello como el tuyo, pensando que eras tú. Nunca pensé en divorciarme porque esperaba que volvieras a mí. Te he amado desde el primer momento en que te vi y nunca he dejado de hacerlo.

—Tienes que decirme eso de vez en cuando, Flynn. Necesito oírte decirlo.

—Te amo, Annie.

—Y yo a ti, Flynn. Estoy lista para ir a San Francisco o a donde sea, con tal de ir contigo.

—Debes de amarme de verdad si estás dispuesta a marcharte de aquí, pero no te voy a pedir que lo hagas para siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a instalar el cuartel general de la compañía en Santa Bárbara. Así podremos vivir aquí y yo iría a trabajar a la ciudad.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—¿En avión?

—Claro. ¿Crees que lo podrías soportar?

—Sí. Lo puedo soportar. Tú me has enseñado que puedo soportarlo todo, salvo perderte por mi propia estupidez.

Flynn la volvió a besar.

—No me dejes nunca, Annie. No quiero volver a sentirme así.

—Eso no sucederá. Esos malos tiempos están tras nosotros… o casi.

Flynn la miró entonces a la cara.

—¿Qué pasa?

—Ven fuera conmigo, por favor.

—¿Fuera?

Ella asintió.

—Al extremo este de la isla. Hay algo que tengo que hacer.

—¿Estás segura?

A ella le pareció como si el estómago le estuviera dando vueltas, pero asintió decididamente.

—Lo estoy. Vamos.

Se dieron la mano y bajaron así las escaleras.

Una vez fuera montaron en el Jeep y se dirigieron al lugar en cuestión que Annie había evitado desde hacía tanto tiempo.

Luego siguieron el sendero, andando hasta las rocas. Se detuvieron a unos treinta metros de un pequeño acantilado. Bajo ellos estaban las rocas que ella temía.

No hablaron durante unos minutos y Flynn dejó que las emociones de ella se calmaran. Por fin, le dijo:

—He hablado de esto con James. Me ha dicho que después de que se recogieran los restos del accidente y tú te hubieras marchado a Seattle, Mary y él vinieron aquí y recogieron hasta el último pedazo de metal que quedaba. Está completamente limpio, Annie. Lo único que queda es el terrible recuerdo.

—Sí —respondió ella, tristemente.

—Pero podemos transformarlo en uno mucho mejor si levantamos un mausoleo aquí.

—¿De qué clase?

—Tal vez una capilla. Supongo que habrá parejas a las que les encante casarse en un lugar tan hermoso —dijo él, sonriendo y abrazándola—. En realidad, creo que nosotros deberíamos ser los primeros en utilizarla casándonos de nuevo. De esa forma, tendrás una boda que recordar.

—¡Oh, Flynn, eso sería maravilloso! Me encanta que hayas pensado en eso —exclamó ella, tirando de él para besarlo de nuevo.

—De nada, señora Parker —murmuró él.

Luego Annie lo arrastró hasta el Jeep y le dijo:

—Vamos, marido. Tenemos muchas cosas que hacer si vas a mudarte de oficinas, construir una capilla y hacer que el hotel cubra gastos.

—Ya voy —respondió él, tomándola de la mano.

Y luego recorrieron todo el camino que los separaba del Jeep riéndose.

Fin